

DUKE



de

Aire Líquido

por J. FIGUEROA CAMPOS

Segunda aventura de Duke, un joven millonario para quien la vida no ofrece atractivo mejor que el de oponer su inteligencia y su fortuna a la astucia y audacia de los enemigos de la Ley.

Duke Straley de Pozoblanco, famoso detective de Nueva York, al que acompañan Elizabeth «Betty» Straley, hermana de Duke; Bob Dennison, íntimo amigo de Duke y compañero de aventuras, novio y después marido de Betty; Susana Cortiz Graham, abogada, novia de Duke y posteriormente su esposa; Max Mehl, Jefe Superior de la Policía Metropolitana y otros.



J. Figueroa Campos

Aire líquido

Duke - 2

ePub r1.0

FLeCos 17.07.16

Título original: *Aire líquido*
J. Figueroa Campos, 1943

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2



Capítulo 1

Betty Straley y Bob Dennison descendieron del auto y cruzaron la acera en dirección a la casa. Ésta se hallaba rodeada por una verja de hierro y un bien cuidado jardín.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bob.

Betty encogióse de hombros. Vestía un rico abrigo de armiño bajo el cual llevaba un traje de noche creación de la mejor modista de la ciudad. Sus zapatos parecían hechos de cristal y su pequeño bolso, adornado con una fortuna en perlas, valía, por sí solo, más que el abrigo y el traje.

Robert Dennison, en cambio, vestía sencillamente. Traje de etiqueta, abrigo negro y, aunque él lo odiaba, sombrero de copa.

—¿Qué hacemos? —insistió Isabel Straley Pozoblanco.

—Podríamos entrar... —murmuró, vacilante, Bob.

—Y caer en alguna de las odiosas trampas que el loco de mi hermano ha distribuido por el jardín. No; prefiero esperar.

—Podríamos llamar al timbre —dijo Robert.

—Es muy peligroso —advirtió Isabel—. Puedes quedarte pegado a él durante toda la noche recibiendo descargas eléctricas...

—O abrir una trampa bajo mis pies...

—O recibir un tiro en el corazón...

—No comprendo cómo puedes vivir in esta casa, Betty.

—Ni yo lo comprendo. Me maravilla estar aún viva. Menos, mal que obedezco al pie de la letra a Duke. Siempre me dice: «Si sientes unos deseos irrefrenables de tocar algo, tócate la nariz. Es mucho menos peligroso que coger un, libro o apoyarse sobre una mesa».

Sobre la puerta de entrada a la casa veíase un letrero con esta inscripción en letras luminosas:

«La Bastilla. Si no le han invitado, no se moleste en

entrar. No tiene usted nada que hacer aquí y el propietario no responde de los desperfectos físicos que podría usted sufrir metiéndose donde nadie le necesita».

Cuantos conocían a Duke Straley hubiéranse guardado muy bien de prestar oídos sordos a los consejos que se les daban en aquel aviso. La fama de Duke Straley era lo bastante grande para que la mayoría de los neoyorquinos sintieran un gran aprecio y respeto por aquella mezcla de norteamericano y español, más peligroso que un frasco de nitroglicerina.

Su hermana y su amigo y colaborador eran los que en aquel momento vacilaban acerca del partido que debían tomar. Las letras luminosas habían desaparecido. Eran más de las doce de la noche y la oscuridad reinante en la casa hacía suponer que, por una vez en su vida, Duke habíase acostado antes de las dos de la madrugada.

—Haz sonar el timbre —aconsejó Isabel a Bob.

—He olvidado los guantes de goma y no me gustaría recibir una descarga eléctrica.

—¿No has cogido el bastón?

—¡Ah, sí!

Bob volvió al auto, cuyo conductor les miraba sonriente, y sacó un largo bastón con el puño hecho de una bola de oro maciza. Con ayuda del bastón empujó hacia dentro el botón del timbre. Al momento una voz cavernosa preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué viene a hacer aquí? ¿No ha leído el aviso? ¡Lárguese con viento fresco!

Isabel (Betty) Straley gozaba fama de ser una de las mujeres más audaces de Norteamérica; sin embargo, lo inesperado de aquella voz la hizo abrazarse al cuello de Bob Dennison, que, con el bastón en la mano, parecía un moderno D'Artagnan haciendo frente a algún fantasma.

—¿Por qué no contestas, alcornoque? —siguió preguntando la voz, con ligero cambio de tono.

—Es que...

Bob miraba a todas partes buscando la fuente de aquel sonido. ¿Dónde estaba el hombre que le hablaba?

—¿Quién es ese engendro que te abraza? En mi vida he visto una mujer tan fea.

Fue una suerte que Betty retuviera con su abrazo a Bob, pues éste sentía unos deseos locos de huir de allí.

—Oiga, mal educado, salga y le diré lo que pienso de usted.

—Usted no puede decir semejante cosa, señorita, porque su cerebro sólo sirve para llenar el hueco de esa cabeza, que a su vez sólo sirve para sostener un sombrero. ¿Desde cuándo sabe usted lo que es pensar? Usted no ha pensado en su vida.

Betty soltóse de Bob y buscó, belicosamente, al invisible charlatán.

—No me busque, Dulcinea escuálida. Y tú, Bob, no seas tonto y aprovecha que aún no te has declarado a esa niña. Vete, huye de ella. Y si no, fíjate en lo linda que es.

Bob dio media vuelta y lanzó un grito de espanto. La losa de granito sobre la que estaba de pie Isabel habíase iluminado extrañamente y la joven había desaparecido, quedando su lugar ocupado por un esqueleto del mismo tamaño.

No era lo peor que Betty hubiera sido sustituida por una calavera. Lo infinitamente más grave era que dicha calavera estaba animada y se movía como si se hallara llena de vida.

Bob Dennison se disponía a perder el sentido cuando, al fin, apagóse la luminosidad del suelo y la calavera recobró, milagrosamente, la perdida carne, volviendo a ser Betty Straley, la lindísima hermana de Duke.

Al propio tiempo, la inconfundible voz del dueño de la casa dijo:

—Han presenciado ustedes la demostración del nuevo aparato de rayos X que he instalado en esta casa. Su potencia es fabulosa, y su coste es aún más fabuloso. Pueden entrar; pero absténganse de desviarse del sendero, pues ni el ser hermana mía ni el poseer mi amistad podrá librarles de una sorpresa desagradable.

Al cesar la voz, que parecía sonar como si Duke, invisible, estuviera junto a ellos, se abrió la verja por sí sola. En cuanto Betty y Bob la hubieron cruzado cerróse tras ellos.

Avanzaron por un amplio sendero y llegaron al fin a la casa, hermosa construcción de estilo colonial, de dos pisos y planta baja. La puerta quedaba protegida por una pequeña marquesina, y abrióse cuando Bob y Betty subieron los escalones que conducían a ella. Al mismo tiempo se encendió una luz sobre ellos y la voz de Duke Straley anunció:

—Subid a vuestras habitaciones. Bob debe quedarse aquí esta noche, pues necesito inyectarle unos microbios de paludismo para ver cómo reacciona.

La expresión de horror de Bob hizo soltar una carcajada al invisible Duke.

—No —agregó—: no te quiero para utilizarte como conejillo de indias. Al contrario. Subid a vuestras habitaciones y poned unos trajes más normales que esos que lleváis. Luego dirigios al laboratorio... Pero no toquéis nada. La muerte acecha a vuestro alrededor. ¡Huuuuuuuh!

Apagóse la luz, cesó la voz y Butler, el mayordomo de Duke, apareció ante ellos.

—Buenas noches, señorita. Buenas noches, señor Dennison. ¿Han disfrutado de la ópera?

—Sí, Butler —replicó Isabel—. Hemos disfrutado mucho; pero las gracias de mi hermano nos han matado todo el buen humor que traíamos. ¡Esta casa es horrible!

—Sí, señorita. Tiene mucha razón. Si no fuese por los años que llevo junto a ustedes, me hubiera marchado ya. Cuando me siento en una silla tengo la impresión de que me van a electrocutar de un momento a otro. Además, tanto cachivache movido por electricidad...

—Butler, ten en cuenta que el ojo de tu amo te vigila y que a una orden mía los diablos de la electricidad se pasearán por tu cuerpo —dijo, de pronto, la voz de Duke Straley, brotando de los pies de Butler.

El mayordomo dio un salto atrás y miró, despavorido, a los dos jóvenes.

—¡Es horrible! —gimió—. ¡Es horrible!

Y alejóse profundamente abatido, mientras Bob y Betty subían al primer piso, utilizando el ascensor automático. La joven pasó a sus habitaciones y Roberto Dennison marchó a las que tenía reservadas en casa de sus amigos.

Isabel cambió el finísimo traje de noche por uno de lana, mucho más fuerte, y salió al pasillo, donde tuvo que esperar un momento a Bob, que salió vistiendo unos pantalones de lana, una chaqueta *sport* a cuadros, y un jersey de cuello alto.

—Veamos lo que nos tiene reservado Duke —dijo Betty,

mientras se dirigían al ascensor. En la línea de timbres del ascensor había uno marcado con la indicación de «Laboratorio». Estaba debajo del marcado con el nombre de «Planta baja», lo cual indicaba que el laboratorio se hallaba en los sótanos.

Betty pulsó el botón y el ascensor descendió veloz y silenciosamente. Al llegar a su destino abrióse automáticamente la puerta de la cabina y la joven y su acompañante viéronse ante una puerta de acero esmaltado en gris, como la de una caja de caudales:

Pasaron unos segundos y al fin la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Isabel y Robert cruzaron el misterioso umbral y pudieron ver que la puerta tenía un grosor de unos cuarenta centímetros. Todo el dintel de la formidable puerta estaba provisto de redondos pestillos de acero que se encajaban en las aberturas de la puerta, de manera que ésta formaba una masa sólida y continua con los fuertes muros.

—Ni un cañón sería capaz de abrir camino por aquí —comentó Bob.

—¿Qué estará haciendo mi hermano? —preguntó Betty—. Sin duda estará detrás de la solución de algún nuevo misterio, o de alguna fórmula química.

Esto último parecía la suposición más acertada. Duke Straley se hallaba en el centro del penumbroso laboratorio. Una lámpara proyectaba sobre su trabajo un cono de luz azulada que iluminaba su frente y dejaba en sombras su expresivo rostro. Duke se hallaba de cara a la puerta y, al entrar en el enorme laboratorio, Betty y Bob tuvieron la impresión de hallarse ante un hechicero o alquimista.

Lo veían a través de los vapores que brotaban de un recipiente de cristal de «Pyrex» colocado sobre un mechero Bunsen. La azulada llama que brotaba del tubo del mechero parecía abrazar el recipiente, y a través de ella se veía hervir violentamente el humeante líquido contenido allí dentro.

—Hola —saludó Betty—. ¿Podemos entrar?

—Adelante —gruñó Duke, que en aquellos momentos estaba echando al líquido unas gotas del contenido de un frasco azul.

Aumentó el humo y una sonrisa de placer iluminó el rostro de Duke.

—¿Podemos preguntarte qué estás haciendo? —inquirió Bob.

—Claro —replicó Duke, encerrándose de nuevo en su desagradable silencio.

—¿Podemos encender la luz? —preguntó, a su vez, Betty—. No me gusta andar entre tantos peligros acumulados aquí.

Sin replicar, Duke posó la mano sobre uno de los timbres del tablero que tenía junto a él y todo el laboratorio quedó iluminado por una luz semejante a la proyectada por los tubos Neón. Daba un tono verde espectral a los rostros, sacando a relucir tonalidades que con otras luces permanecen invisibles, amoratando los labios, las mejillas y las uñas; pero, al mismo tiempo, produciendo un sedante efecto en los ojos.

La luz reveló en primer lugar un fantástico surtido de aparatos de laboratorio. Tubos de ensayo, alambiques con conexiones casi kilométricas, aparatos de vacío, miles de frascos conteniendo el mayor surtido de drogas y productos químicos que poseía cualquier laboratorio particular y oficial.

—No me extrañaría que hubiera sangre de dragón y cuerda de ahorcado —refunfuñó Betty.

—La sangre de dragón la encontrarás en el estante de tu derecha, tercer frasco del segundo estante empezando por la izquierda —anunció Duke—. Y la cuerda de ahorcado la hallarás en el armario que está detrás de ti. Hay cuarenta y cinco frascos y cada uno de ellos contiene una muestra distinta. Hay cuerdas de ahorcado obtenidas en Londres, en San Francisco, en Constantinopla... Esas no son muy útiles, pues en su mayor parte son de seda. En cambio las otras son de cáñamo y ofrecen un excelente medio de estudio del cultivo de dicha planta desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días. Tengo un ejemplar único. Un trozo de la cuerda que sirvió para ahorcar a Amán. En aquellos hermosos tiempos se tejía perfectamente el cáñamo.

—¿También tienes grasa de niño recién nacido?

—También —replicó Duke—. Me la han remitido del hospital de infancia. Los antiguos tenían mucha fe en ella y en cuanto nacía un niño iban a rascar de sobre su piel la grasa protectora; pero actualmente sólo he podido hallarle una aplicación excelente: Con ella se puede hacer una magnífica crema para limpiar zapatos.

Betty y Bob acercáronse más a Duke y pudieron ver a su lado una especie de tablero de cristal y junto al mismo un pequeño

altavoz y un micrófono de tamaño reducido y potencia enorme.

—¿Para qué sirve eso? —dijo Bob.

—Para oír a los tontos que se detienen en la puerta de entrada. El altavoz es para oír sus conversaciones y el micrófono sirve para responderles.

—¿Y esas hojas y hierbas? —preguntó Betty, señalando una enorme masa de hierbas y hojas de un color entre achocolatado, café con leche y amarillo opaco.

Estas hierbas se encontraban dentro de una gran caja de cristal y, a juzgar por su volumen, pesarían no menos de un centenar de kilos.

—Tabaco seco —replicó Duke—. Deshidratado. Una mezcla de Virginia, Java, Turquía, Habana, Burley y Congo.

Señaló un frasco que debía de contener unos tres litros de una especie de denso y oscuro jarabe.

—La nicotina que contenía. Extraída hasta el último miligramo.

—¿Preparas algún veneno? —preguntó Bob.

Duke encogióse de hombros. Como si hubiera olvidado la presencia de su hermana y de su amigo, comenzó a apresurar la mezcla de productos. Después de pesarlo en una balanza de precisión, agregó al líquido hirviente unos miligramos de cinamomo, de nuez moscada, de canela en rama, de varias especias más. Después echó tres gotas de esencia de rosas ultraconcentrada, y de varios perfumes más. Todo ello, después de ser agregado a la mezcla, era anotado en un cuaderno. Por fin, Duke cogió un largo cuentagotas graduado y extrajo una cantidad de nicotina de la contenida en el frasco, la incorporó a la mezcla, aumentó la potencia del gas haciendo hervir tumultuosamente el líquido, del que brotó un humo denso y turbadoramente oloroso, que se extendió por todo el laboratorio.

—¿Qué os parece? —preguntó Duke.

Antes de que su hermana y Bob pudieran responder, Duke agregó, como si ya hubiera recibido una respuesta:

—Sí, desde luego; perfecto.

Apagó el gas, volvióse hacia el cuaderno donde había ido anotando las proporciones, hizo unos rápidos cálculos y luego, seguido por las miradas de curiosidad de su hermana y de Bob, colocó sobre un potente fogón eléctrico un gran recipiente de cristal

en el cual fue echando en mayores proporciones los mismos productos que había mezclado antes. Por fin vació en sus tres cuartas partes el frasco de nicotina y otra vez el mismo aroma de antes se extendió por la estancia.

—Debe de preparar algo terrible —susurró Betty.

—Algún veneno —asintió Bob.

De cuando en cuando Duke tomaba la temperatura de la mezcla y consultaba un cronómetro. Por fin, con rápido ademán, cortó la corriente eléctrica, levantó con unos sujetadores de caucho el recipiente de cristal y vertió su contenido en un depósito de vidrio conectado con una máquina filtradora a presión. En unos minutos otro depósito colocado en el otro lado de la prensa quedó lleno de un líquido semejante al resultante de la ebullición de todas las materias antes indicadas. Duke sacó una muestrcita, la examinó por medio del microscopio, la sometió a diversas reacciones y, por último, exclamó:

—¡Eureka!

—¿Ya lo has descubierto? —preguntó Bob Dennison.

—Sí. Estoy muy satisfecho.

Retiró el depósito de la prensa y, acercándose a la enorme caja de cristal, conectó el depósito con un tubo que se introducía en ella, lo enroscó, añadió al tubo una manivela y en seguida empezó a moverla vigorosamente.

El interior de la caja de cristal empañóse como si lo llenara una masa de vapor. A través de la niebla así producida pudo verse cómo las secas hojas de tabaco parecían cobrar vida, se hinchaban y, al mismo tiempo, recobraban su flexibilidad. La caja pareció a punto de reventar, pues la enorme masa de hojas aumentaba de tal forma de tamaño que resultaba casi imposible que pudiera ser contenida allí dentro.

—Muy curioso, ¿verdad? —preguntó Duke—. Acabo de hacer un estudio sobre el tabaco y he averiguado que es enormemente sensible a la humedad, que pierde en un ambiente seco y recupera al momento en un medio húmedo. Hace un momento ese tabaco estaba más seco que un desierto. Dentro de diez minutos habrá absorbido completamente la preparación que le he agregado y volverá a tener la nicotina que le extraje; sólo que esta vez la proporción será la misma en todas sus clases de hoja.

—¿Has preparado algún veneno para agregarlo al tabaco? —preguntó Betty.

Duke se echó a reír; pero no contestó. Dirigióse a un extremo del laboratorio y descubrió dos máquinas. Una de ellas no parecía nada complicada. En cambio la otra era de gran precisión. A un lado tenía un rollo de papel y encima un embudo rectangular.

—Ayúdame —indicó Duke.

Betty y Bob acercáronse a la caja de cristal que, con ayuda de una pequeña polea, Duke estaba destapando. La masa de aromáticas hojas desbordóse hasta el suelo. Cogiéndola a abrazadas, Duke la llevó a la primera máquina y la echó en un gran recipiente colocado en la parte superior; luego, puso en marcha el motor que hacía girar un gran volante y unas veinte cuchillas circulares comenzaron a cortar las hojas en largas hebras que caían en otro depósito también giratorio, donde las hebras eran uniformemente mezcladas. Al cabo de unos segundos, Duke vació aquel segundo recipiente en el embudo de la otra máquina, que fue puesta en marcha.

Todas estas operaciones fueron repetidas apresuradamente y, mientras unos echaban hoja en la máquina cortadora, Duke iba retirando de la otra montones de cajas metálicas, perfectamente soldadas, y llenas de largos cigarrillos. Al cabo de dos horas, Bob anunció:

—Ya hemos terminado. Se acabó la hoja. Hemos elaborado un millón de cigarrillos. Suponiendo que entre los tres consumamos cien al día, tenemos tabaco para algo más de veintisiete años, aunque suponiendo que invitaremos a nuestros amigos y a Max Mehl, especialmente, podemos reducir el plazo a unos veinticinco años, poco más o menos.

Betty dirigió una furiosa mirada a su hermano.

—¿Es que eso que has estado haciendo ha sido para que nos lo fumáramos nosotros? —preguntó.

Duke sonrió, burlón.

—Desde luego —dijo.

—¿Y no es veneno? —inquirió Bob.

—No; al contrario, creo que se trata de unos excelentes cigarrillos. Podemos probarlos y convencernos.

Al decir esto, Duke cogió una de las latas, en las cuales se veía, estampado, su retrato y esta inscripción:

«Cigarrillos Duke. Los mejores. Cosecha y elaboración especial».

Extrajo tres cigarrillos y tendió dos a Betty y Bob, llevándose el tercero a los labios. Lo encendió lentamente y paladeó el humo.

—Magnífico, ¿verdad?

Su hermana y su amigo tuvieron que reconocer que se trataba de unos cigarrillos excelentes.

—Pero no hay derecho a que nos tengas sobre ascuas creyendo que preparabas algo maravilloso o resolvías algún misterio, y luego resulte que estabas elaborando tabaco —dijo Betty.

—Yo también creí que estabas resolviendo un misterio impenetrable —dijo Bob—. Pensé que tenías entre manos el crimen perfecto.

—Si alguna vez llegara a cometerse el crimen perfecto, nosotros no nos enteraríamos de su existencia —replicó Duke, guardando en una caja de acero los botes de cigarrillos—. En realidad cada año se cometen varios cientos de crímenes perfectos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Betty, que aún estaba enfadada con su hermano—. ¿Por qué crees que se cometen cientos de crímenes perfectos?

Duke cerró el armario y miró a Isabel arqueando las cejas.

—La cosa no puede ser más sencilla, clara y lógica —replicó—. El crimen perfecto es el que no llega a conocimiento de nadie. Si se comete un asesinato perfecto, la Policía ni nosotros nunca sabremos que se ha cometido. Desde el momento en que se sospecha de que se trata de un crimen, el delito deja de ser perfecto. Sin embargo, acudid a la Oficina de Desaparecidos y os enteraréis de que diariamente desaparecen de la ciudad de seis a diez personas. Un cuarenta por ciento de esas personas reaparecen al cabo de algún tiempo. Vivas o muertas. Pero el restante sesenta por ciento no vuelve ya a aparecer jamás. ¿Desaparición voluntaria? ¿Crimen? En este último caso se trata de crímenes perfectos, con perfecta disposición o eliminación del molesto cadáver que proclama, peligrosamente, la existencia de un crimen. No habiendo cadáver no puede haber crimen. La Ley así lo exige. Esta es una parte de los crímenes perfectos. Luego tenemos otra no menos importante en la cual el forense dictamina muerte natural y la familia envía el

cadáver al horno crematorio y ya nunca más se podrá demostrar si el difunto falleció de un ataque cardíaco o de una dosis de arsénico. Esos son también crímenes perfectos. Desgraciadamente, sólo podemos resolver los crímenes imperfectos, o sea los cometidos toscamente, dejando el desagradable espectáculo de un cadáver cosido a balazos, a puñaladas o saturado de veneno. Esos crímenes están condenados a ser descubiertos y resueltos en poco tiempo. Son crímenes vulgares e indignos de que fijemos en ellos nuestra atención.

Duke calló un momento, durante el cual empujó las dos máquinas utilizadas para la elaboración de los cigarrillos hacia un montacargas al que se llegaba por una puerta de solidez semejante a la del ascensor.

—Como hasta dentro de veinticinco años no necesitaremos preparar más cigarrillos, devolveré las máquinas a la casa que me las ha prestado —explicó.

Después, cuando las dos máquinas estuvieron en el montacargas y la puerta fue cerrada, Duke prosiguió:

—Viendo la enorme estupidez de los asesinos he pensado muchas veces en que sería muy agradable y emocionante cometer un crimen perfecto y ver como la Policía lo aceptaba como una cosa natural, o se devanaba en vano los sesos para resolverlo. Pero los endiablados factores morales me impiden ponerme frente a la Ley. Debo servirla y luchar con quienes tratan de burlarla ingenuamente. De todas formas no pierdo la esperanza de encontrar algún día un criminal que esté a mi altura.

—¿Y quién es el criminal perfecto? —preguntó Bob, sabiendo que nada podía agradar tanto a Duke como el que le hicieran preguntas encaminadas a una mejor exposición del problema que pretendía resolver.

—El criminal perfecto es aquel que es único poseedor del secreto de su delito. Es aquel que, mientras los demás dicen: «Muerte natural», «Suicidio», «Accidente», él puede murmurar: «¡Crimen!». Ese es el criminal perfecto.

Súbitamente una lámpara encendióse en el techo y un zumbido resonó en el laboratorio.

—Tenemos visita —indicó—. Alguien ha cometido la tontería de meterse en casa y va a llevarse un disgusto. Fijaos.

Duke señalaba la pantalla colocada junto al sitio donde se encontraba al entrar Betty y Bob. Como si se hubiera proyectado una película, veíase a un hombre con el rostro oculto por una máscara que le llegaba hasta la barbilla y empuñando una pistola de larguísimo cañón. Esta figura aparecía durante unos segundos en la pantalla, desaparecía un segundo y volvía a aparecer.

—Un detector de rayos infrarrojos —explicó Duke—. Ese infeliz se cree a cubierto de todas las miradas y no sabe que está pasando frente a una serie de cámaras emisoras de rayos infrarrojos que reproducen aquí todos sus movimientos. Ahora se encuentra a cuarenta metros de la casa. Si avanzara más de prisa habría llegado ya a una ventana y podría estar dentro... Subamos a recibirle.

Duke apagó la luz y siguió a su hermana y a su amigo al ascensor, en el que en menos de tres segundos estuvieron en la planta baja, después de haber cerrado la puerta del laboratorio.

Una vez arriba, el dueño de la casa dirigióse a su despacho y, sin encender la luz, acercóse a un cuadro que era una excelente reproducción de un famoso Velázquez, pero que en realidad era una pantalla igual a la del laboratorio. Duke movió unos conmutadores y en la pantalla apareció la fosforescente imagen del nocturno salteador.

—Tenemos suerte —sonrió Duke—. Piensa entrar por la ventana de esta habitación. Conviene que cortemos la corriente para evitarle un susto al cruzar la ventana. El pobre no sabe dónde se mete.

—Y nosotros tampoco sabemos dónde nos hemos metido —dijo Betty—. Esta casa me da más miedo que ese bandido.

—Ya te acostumbrarás a ella —replicó Duke—. Ahora id a sentaros en los sillones que se encuentran detrás de mi mesa de trabajo. No os mováis.

Betty y Bob fueron a acomodarse en dos de los tres sillones colocados tras la amplia mesa de despacho de Duke.

Éste les acompañó, con paso cauteloso, y abriendo un cajón sacó un pesado revólver. Luego, siempre con las mismas precauciones, colocóse en el lado derecho de la ventana con el arma fuertemente empuñada.

Conteniendo el aliento, Isabel y Bob vieron como en el marco de la ventana aparecía, recortándose contra el vagamente luminoso fondo del cielo, la silueta de un hombretón. La luz que cegaba de un

farol reflejóse un momento sobre la pistola que empuñaba.

Durante unos segundos, el asaltante registró con la mirada el oscuro interior del despacho; luego, cautelosamente, encaramóse hasta el alféizar y soltando una risita saltó dentro de la estancia.

Pero la risita se trocó en gutural exclamación de espanto cuando el cañón de un revólver se apoyó contra sus riñones y una voz dijo, fríamente:

—Le aseguro, amigo, que no me importaría matarle aquí mismo.

El asaltante debió de creer estas palabras, pues sus manos se elevaron hacia el techo como atraídas por un imán. Al mismo tiempo, Duke encendió la luz del despacho.

—Buenas noches —saludó Betty al visitante.

—¿Qué le trae por aquí? —dijo Bob.

—Ante todo conviene desarmar a este pájaro nocturno —dijo Duke, empujando con su arma al bandido—. Tenga la bondad de llegarse hasta la puerta del despacho y colgar la pistola de aquella percha.

El bandido, siempre conservando su máscara y con el arma siempre empuñada obedeció temerosamente, llegando junto a la percha que indicaba Duke. La percha era de hierro y estaba formada por unos colgadores del mismo metal, más parecidos a ganchos para colgar carne que a otra cosa. De uno de aquellos ganchos, y siguiendo siempre las indicaciones de Duke, el ladrón colgó, por el guardamontes, su pistola, que estaba provista de un largo silenciador. Luego volvióse hacia Duke.

—¿Lleva algún arma encima? —preguntó el joven.

—No —gruñó el hombre.

—¿Seguro?

—Llevo un cargador de repuesto —explicó el bandido.

—Muy bien. Sáquelo del bolsillo y tírelo al suelo.

El hombre obedeció, y con las puntas de los dedos sacó un largo cargador y lo dejó caer al suelo, desde donde Duke, de un puntapié, lo lanzó bajo un sillón.

—Creo que ahora, sin uñas, no podrá usted ser muy peligroso, ¿verdad? —preguntó, riendo.

El hombre gruñó algo ininteligible.

—No es necesario que permanezca derecho todo el tiempo que pase aquí —dijo Duke—. Siéntese en ese sillón.

Con el revólver señaló un curioso sillón colocado frente a la mesa, al otro lado de la cual se sentaban Bob y Betty. Tratábase de un sillón de tubo de acero cromado, con el respaldo y el asiento de cristal y madera. Era una pieza que desentonaba del resto del mobiliario.

—No estará muy cómodo —siguió Duke—: Ese sillón lo reservamos para las visitas desagradables y de quienes deseamos vernos libres pronto.

El bandido se sentó en el sillón y Duke, siempre con el revólver en la mano, fue a ocupar el sillón que quedaba libre. Con la mano izquierda escribió rápidamente algo en un bloc de notas y lo pasó a Betty y luego a Bob. Estos leyeron:

«No demostréis extrañeza. Voy a aplicar Rayos X».

A pesar de esta advertencia, Betty no pudo contener un grito de espanto al ver como de pronto, al apretar Duke un timbre oculto bajo el tablero de la mesa, el hombre que se sentaba en el sillón desaparecía y su lugar quedaba ocupado por un esqueleto perfecto y animado por una misteriosa vida. Pero lo más notable no era sólo el esqueleto, sino los objetos que flotaban en el aire a su alrededor. Esos objetos eran: Un lapicero automático, una plumilla y una palanca de pluma estilográfica. El resto de la pluma no se veía. En el pecho, en el lado derecho, una bala de pistola automática, a la misma altura de una costilla rota. En la cintura, una hebilla de cinturón. Y un poquito más abajo un encendedor. A un lado, un arrugado envoltorio de papel de estaño, como el de un paquete de cigarrillos. Junto al mismo flotaban varias monedas de plata y níquel. Detrás se veían unas llaves y una cadena y, sosteniéndose a la altura de la pierna derecha, un cuchillo de larga hoja.

Esta visión duró sólo unos segundos, pues enseguida Duke volvió a apretar el botón y el esqueleto cubrióse de carne y ropa y reapareció el visitante enmascarado.

—Bien, amigo —dijo Duke—. Sintiéndolo mucho, no me va a quedar más remedio que matarle.

—¡Eh! Oiga... —empezó el enmascarado.

—Sí —interrumpió Duke—. Debo matarle por haberme engañado al decir que no llevaba encima ningún arma.

—¡Y no la llevo! —protestó el hombre—. Le aseguro... Si quiere registrarme...

—Encontraré un hermoso cuchillo —replicó Duke.

A pesar del antifaz todos percibieron que el bandido había palidecido. No habiendo sido testigo de la transformación que su cuerpo había sufrido durante unos segundos, no podía comprender la agudeza de visión de Duke.

—¿Quiere tener la bondad de despojarse de esa hermosa arma? —Siguió el dueño de la casa—. Y le advierto que si intenta alguna tontería le meteré en el cuerpo otra bala que hará compañía a la que ya tiene dentro. Sólo que en vez de apuntarle a la derecha le dispararé al corazón.

Esta vez el bandido tuvo la seguridad de hallarse ante un brujo y, con cómica prisa, se quitó el puñal y lo dejó sobre la mesa. Duke lo empujó con el revólver hasta el cajón central.

—Ahora quítese la máscara —siguió.

El hombre obedeció, mostrando uno de esos rostros que reflejan perfectamente el alma de sus dueños.

—¿Quiere tomar algo?

—Un poco de licor si me lo da.

Duke abrió un cajón de la mesa y sacó de él una aplanada botella de *whisky* de maíz.

—Beba; pero no trate de tirarme el licor a la cara y escapar, pues antes de que tuviera tiempo de hacerlo lo tumbaría de un tiro. ¿Comprende?

El hombre comprendió, pues bebió un largo trago de licor y después dejó la botella sobre la mesa, secándose los labios con el dorso de la manga.

—¿Podemos saber su nombre? —preguntó Duke.

—Steve O'Neal —gruñó el bandido.

—Huído de un hospital de Chicago, dónde se estaba curando de una herida recibida al resistir a la Policía. Escapó antes de estar totalmente curado y desde entonces ha andado huyendo. Creo que mi amigo Max Mehl tendrá mucho gusto en enterarse de su muerte. O'Neal expresó una creciente inquietud.

—Oiga, señor... —empezó—. ¿Habla en broma? Supongo que no pensará matarme a sangre fría.

—Supone usted muy mal, Steve —replicó, seriamente, Duke—.

Pienso matarle dentro de unos minutos, y si no lo he hecho ya ha sido porque deseaba saber quién era usted. Si hubiera sido un ratero vulgar que sólo pensaba llevarse unos dólares, unos cubiertos de plata, o cosa por él estilo, le habría entregado a la Policía; pero usted no es de éstos. Usted es un asesino que venía dispuesto a matar.

—Señor, si he cometido esta locura es porque tengo hambre... —empezó O'Neal.

—¿Cuántos días lleva sin comer? —preguntó Duke.

Los ojos del bandido se animaron.

—Tres días —aseguró.

—¿Tres días? ¡Horrible! —Duke movió la cabeza—. Verdaderamente horrible. Eso justifica muchas cosas. Si yo me viera obligado a pasarme tres días sin comer, también sería capaz de recurrir al crimen. ¿No lo creéis?

Betty y Bob afirmaron que estaban de acuerdo con Duke.

—Tenemos que remediar su situación, señor O'Neal —siguió Duke—. Pero ¿de veras lleva tantos días sin comer?

O'Neal asintió con la cabeza.

—Betty —Duke se volvió a su hermana—. Ve a la cocina y trae una lata grande de carne en conserva, otra de sardinas en aceite, otra de salchichas en manteca, un pan... No será del día, pero supongo que, como dice el adagio, a buen hambre no hay pan duro.

Un momento después, Betty colocaba ante Steve O'Neal una bandeja conteniendo un plato de grasienta carne en conserva, otro con sardinas nadando en aceite y un tercero con una pirámide de manteca entre la cual se veían las salchichas. Un pan entero aparecía junto a los platos.

Desde el primer momento se vio que el apetito de O'Neal no era tan terrible como podía esperarse en un hombre que llevaba tres días sin probar bocado. El pan se le atascaba en la garganta, la carne le hacía expresar una profunda repugnancia y al llegar a la mitad demostró bien a las claras que ya no podía más.

—¿Ya ha calmado su apetito? —preguntó Duke, sin dejar de jugar con el revólver.

O'Neal asintió con la cabeza.

—Parece mentira —comentó Duke—. Un hambre de tres días parecía mucho más difícil de saciar. Yo creí que aún necesitaría un

pollo asado, patatas hervidas y algo más de pescado.

—Quizá sea el ver tanta comida —jadeó O'Neal.

—Quizá; pero, amigo mío, yo he pasado tanta hambre como la que usted dice haber sufrido. He estado tres días sin comer, y cuando para reanimarme me presentaron lo mismo que usted tiene delante, con la única diferencia de que el pan era infinitamente más duro, me lo comí todo en un cuarto de hora. ¿No es verdad, Bob?

—La pura verdad —sonrió Dennison.

—Pero no le apuntarían con un revólver, ¿verdad? —preguntó, astutamente, O'Neal.

—No; pero a menos de doscientos metros teníamos a unos cincuenta amigos que con sus disparos nos llenaban de tierra la comida, utilizando el procedimiento de deshacer saco a saco la barricada que nos protegía. Si cree que así se le animará el apetito, puedo darle gusto, O'Neal. Al fin y al cabo tengo que matarle. Supongo que tanto le importará que lo haga ahora, mientras come, que luego.

Había tal energía y frialdad en la voz de Duke Straley, que Steve O'Neal palideció como un muerto.

—¿Habla usted en serio? —preguntó.

—Sí, hablo muy en serio. Usted, O'Neal, es un peligro para la sociedad. Durante mucho tiempo ha sido el enemigo público número uno o dos; luego, cuando le cazaron, perdió el título y desde que huyó del hospital ha procurado mantenerse lejos de la Policía. Al poco tiempo de haber huido usted, murió cierto bandido que había prometido a la Policía las pruebas necesarias para enviarle a usted a la silla eléctrica. Muerto ese amigo, nadie puede condenarle a muerte. ¿No es cierto?

O'Neal inclinó la cabeza.

—Por lo tanto —siguió Duke—, la Policía se alegrará mucho cuando sepa que yo le he matado cuando intentaba usted violar mi domicilio. Como debe de saber, todo ciudadano tiene derecho a matar al ladrón o asesino que se introduce en su casa, y sobre todo si va armado; aún más si tiene unos antecedentes tan sucios como los suyos.

—Pero... usted no hará eso —tartamudeó O'Neal—. Usted es un hombre honrado...

—Mi honradez es muy relativa, amigo O'Neal. Hace tiempo que

deseo cometer un asesinato. Hace unos minutos hablaba de ello con mi hermana y el señor Dennison. Si le mato cometeré un crimen, pues se encuentra usted desarmado y ha sido ya reducido a la impotencia; pero eso sólo lo saben los testigos presentes, quienes, por el aprecio que me profesan, callarán la verdad y dirán lo que yo quiera.

—Pero su conciencia...

—Le aseguro que mi conciencia nunca me reprochará haber dado muerte a un bicharraco como usted.

—Diga, señor... —O'Neal empezaba a estar verdaderamente alarmado—. ¿Habla usted en serio? ¿Piensa matarme como a un perro?

—No, como a un perro, no. Yo profeso un cariño infinito hacia los animales. Sobre todo por los perros. Si no tuviera más remedio que matar a un perro, lo haría con todas las precauciones posibles para ahorrarle un dolor. En cambio, con usted no tendré tantos miramientos. Un balazo y...

—¡Por Dios! —chilló O'Neal, incorporándose—. Eso es una canallada...

—Sospecho que si prestara atención a lo que dice, amigo O'Neal, recordaría haberlo oído en otros labios antes que en los suyos. Sin duda más de una de las víctimas que usted ha inmolado en su larga carrera de pistolero ha pedido gracia con la misma angustia con que usted la suplica ahora. ¿Cuántos hombres indefensos ha asesinado, O'Neal? ¿No quiere decirlo? Se que le suponen culpable de doce asesinatos. Supongamos que la Policía no tiene noticias de otras doce hazañas semejantes, y tendremos veinticuatro o veinticinco asesinatos. No está mal. Matar es. Crea que, sobradamente, le ha llegado el turno. Sus veinticinco amigos deben de estarle esperando en el infierno.

O'Neal miraba una tras otra, a las tres personas que tenía delante.

—Has olvidado preguntarle a qué ha venido —dijo Bob—. Seguramente será muy interesante saberlo. Quizá sólo quisiera hacer una visita de cumplido.

—Es verdad —Duke movió la cabeza—. Olvidaba un detalle tan importante como ese. ¿Puede decirme a qué ha venido a mi casa?

O'Neal vaciló un momento. Luego, con voz temblorosa, explicó:

—Quería ver lo que guardaba usted en la caja de caudales.

—¿Nada más?

—Y llevármelo —esta vez el bandido sonrió levemente.

—¿Por qué ha elegido mi casa?

—Porque sé que es usted muy rico.

—Si yo fuese ladrón nunca buscaría dinero en casa de un rico.

¿No sabe que nosotros, los millonarios, todo lo pagamos con cheques? Estoy seguro de que hubiera encontrado más dinero en casa de cualquier empleado de comercio que en la mía. Creo que entre los tres no reunimos ni cien dólares.

—Hay objetos de valor...

—Muy pesados. No podría usted cargar con muchos. Sobre todo llevando ya una pistola y un puñal. Casi estoy por creer que pensaba cometer algún asesinato.

—Era sólo una precaución.

—Quizá pensaba abrir a tiros la caja de caudales —sonrió Duke—. Me extraña que no venga usted provisto de las herramientas necesarias para esa clase de trabajos. Una caja de caudales no se abre, precisamente, con un puñal ni con una pistola.

Esta vez O'Neal inclinó la cabeza, no sabiendo qué responder.

—Menos mal que reconoce su culpabilidad —dijo Duke—. ¿A quién pensaba matar?

El bandido guardó un hosco silencio.

—Bien, tendré qué pegarle un tiro —declaró Duke, levantando el percusor.

—¡No! —chilló O'Neal—. Se lo diré todo; pero... no es mucho.

—Explíquese.

—Ayer noche me avisaron ofreciéndome un trabajo fácil.

—¿Quién le avisó?

—No lo sé. No reconocí la voz, Fue una llamada telefónica. Estaba en el bar de Cassidy, en la calle Cherry. Me ofrecieron cinco mil dólares por un trabajo fácil.

—¿Qué trabajo?

—Ante todo me preguntaron si quería ganarme los dólares. Dije que sí y entonces me dieron cita para esta tarde en el mismo bar. Me presenté allí a las cinco y a las cinco y tres minutos me volvieron a llamar por teléfono diciéndome que me dirigiera a la avenida Bowery y que subiera al auto que se detendría cerca de mí.

Lo hice y después de recorrer unos doscientos metros vi que un coche se detenía junto a la acera y se abría la portezuela delantera. Entré en él, me senté junto al conductor, que llevaba la cara cubierta por una bufanda, el sombrero caído sobre los ojos y las manos enguantadas.

—O sea, decir que no le reconoció.

—No, no sé quién es. Él me dijo que no le conocía. Me propuso que viniera a esta casa, entrara por esa ventana y...

—¿Y qué? —instó Duke.

—Bajase al sótano y destruyera una dínamo que usted tiene instalada en él.

—¿Para qué?

O'Neal se encogió de hombros.

—Las instrucciones fueron esas.

—Me está engañando, O'Neal.

—Le aseguro...

—No asegure nada. ¿Dónde está el sótano?

—Pues... debajo de la planta baja.

—¿Por dónde se llega a él?

—No lo sé.

—Entonces... ¿esperaba que yo se la dijera?

—Me dieron un plano de la casa —replicó O'Neal.

—¿Dónde está?

—En el bolsillo. Me lo dieron encerrado en un sobre, para que lo abriese al estar aquí.

—Démelo.

El bandido metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó un sobre de papel Manila, dejándolo encima de la mesa, frente a Duke. Éste lo examinó unos segundos, sin tocarlo. El sobre no llevaba ninguna inscripción y parecía bastante abultado. Duke miró a O'Neal, pareció no observar la ansiedad que reflejaba su semblante y por fin, abriendo el cajón de su derecha, dejó en él su revólver y sacó unas largas tijeras, con las cuales se dispuso a cortar uno de los lados del sobre.

Apenas las tijeras habían cortado el primer trozo de papel, sonó un seco estampido y el sobre convirtiéndose en una bola de fuego. Duke Straley soltó las tijeras y el ardiente papel y se echó hacia atrás. Cegado por la intensa llamarada, no pudo ver lo que sucedió luego;

pero, en cambio, Betty y Dennison fueron testigos de cómo O'Neal daba un salto felino que le condujo hasta la percha de donde colgaba su pistola. Luego su mano, se cerró sobre la culata.

En ese momento ocurrió lo más asombroso de todo. O'Neal desorbitó los ojos, sus cabellos se erizaron como púas de puerco espín y todo su cuerpo se tensó, al mismo tiempo que se oía un zumbido que alcanzó proporciones de chirrido metálico. El pistolero permaneció casi veinte segundos en aquella postura, y sólo cuando Duke, volviendo junto a la mesa, pulsó uno de los botones ocultos bajo el tablero de la misma, cesó el zumbido y O'Neal rodó por el suelo. No era necesario solicitar la venida de un médico para comprender que el bandido había dejado de ser un peligro para la sociedad.

—Electrocutado —explicó Duke—. Él lo quiso.

Inclinóse luego sobre las cenizas del sobre y comentó:

—Muy ingenioso. Una sorpresa tan inesperada que hubiera podido darnos un disgusto, si no hubiésemos tomado precauciones.

—¿Qué precauciones? —preguntó Betty, que no comprendía nada.

—Una muy sencilla —sonrió Duke—. Todo el suelo inmediato a la percha es de hierro. Una corriente de alta tensión está conectada con la percha, y al intentar O'Neal recobrar la pistola, produjo la descarga que le ha matado. Si se hubiera estado quieto, nada habría ocurrido. Sólo intentando tocar el arma podía recibir daño. Desde el momento en que hubo colgado la pistola allí, y nos sentamos frente a frente, di paso a la electricidad y de esa forma sólo existía el peligro de que aprovechando la sorpresa se apoderara de mi revólver. Por eso lo guardé en el cajón.

—¿Y el sobre? ¿Cómo explicas su explosión? —preguntó Bob.

—Muy sencillamente. En su interior se encontraban unas hojas de un preparado a base de magnesio, al que se le agregó cualquier producto inflamable al contacto con el aire. La preparación del sobre debió de llevarse a cabo en el vacío. Las hojas a que me refiero se encerraron en un sobre de celofán, del mismo tamaño casi que el de papel Manila. Al cortar yo el sobre dejé entrar el aire, provoqué la inflamación del producto y luego del magnesio, produciendo el efecto previsto, o sea el de quedar cegado por la llamarada. Ese momento debía ser aprovechado por O'Neal para

huir por la ventana o recuperar su arma. Optó por lo segundo y perdió la vida.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó entonces Betty.

Duke alcanzó el teléfono.

—Pues avisar a nuestro amigo Max Mehl. Estoy seguro da que se llevará una gran alegría al enterarse de que ya no tiene que buscar a Steve O'Neal.

Capítulo 2

—Buen tabaco —comentó Max Mehl, el jefe de Policía, arrellanándose en su sillón y saboreando el aroma del cigarrillo que tenía entre los dedos—. ¿Qué marca es?

—Producción especial —contestó Duke—. De mi laboratorio.

—¡Hum! Quizá sea paja; pero es bueno. Tienes que regalarme unos cuantos cigarrillos.

—Ya he contado con usted —sonrió Duke.

—Gracias. Ahora explica lo que ha ocurrido con O'Neal. Mi versión a la Prensa ha sido que el pistolero entró aquí a robar y que tropezó con un cable de alta tensión, quedando electrocutado. Es la muerte que merecía; pero me hubiera gustado mucho más verle sentarse en el sillón que le tenían preparado en Sing-Sing.

Duke Straley explicó con todo detalle lo ocurrido.

—¡Increíble! —exclamó Max—. Esta casa es una maravilla. Casi me da miedo sentarme en este sillón. ¿No estarás viendo mi calavera?

—No, ese es inofensivo, y debido a la presencia de sus hombres, he desconectado todos los aparatos de alarma exteriores. Sólo quedan algunas de las defensas interiores.

—¿Qué es lo que tanto empeño tienes en defender?

Duke se encogió de hombros.

—En realidad, nada. No hay en esta casa ningún objeto de valor fabuloso, como no sean los aparatos eléctricos e instrumentos científicos, cosas de muy difícil robo y de las cuales ningún ladrón podría desprenderse ventajosamente, a decir verdad.

—Entonces, ¿qué explicación tiene la visita de O'Neal?

—Misterio, Max; completo misterio. Desde luego no son de creer las explicaciones dadas por él. Hay algo más.

—¿Qué algo? —inquirió Betty.

—Eso sería lo mismo que pretender conocer la identidad del asesino en una novela, antes de que el asesino fuese nombrado. La visita y la muerte de O'Neal es el prólogo de un misterio aún no planteado. Aguardemos unos días o unas horas, o sea hasta que el misterio cobre forma y consistencia.

—¿Por qué ha de haber un misterio? —preguntó Max Mehl.

—Porque alguien envió a ese pistolero a visitarme. Le proveyó de un curioso artefacto destinado a permitirle la huída o mi asesinato. Por sí solo, ese detalle indica la presencia y actividad de un cerebro superior al de O'Neal. ¿Qué pretendía?

—¿Destruir la dínamo que suministra la corriente eléctrica a la casa? —preguntó el jefe de Policía.

—Quizá —replicó Duke.

—¿Qué efectos produciría semejante destrucción? —preguntó Bob.

—Pues, en primer lugar, dejaría anuladas todas las defensas eléctricas. El haber instalado en casa una dínamo movida por un motor de explosión obedeció exclusivamente a mi deseo de no verme privado de fuerza motriz desde el exterior, como hubiera podido suceder si la electricidad me fuera suministrada por la compañía que abastece a la ciudad.

—Eso quiere decir que en tu casa hay algo que se considera muy valioso —sugirió Max.

—Quizá.

—¿Qué puede ser? —insistió el policía.

Duke hizo un ademán de ignorancia.

—No tengo la menor idea. Y, francamente, creo que O'Neal tampoco lo sabía. Abrigo la sospecha de que lo utilizaron de globo sonda, es decir, que lo hicieron entrar en casa para ver los resultados de su intromisión.

—¿Cómo? —preguntó Bob.

—Muy sencillo. Para saber si unas aguas están minadas, no hay nada tan práctico como lanzar por delante un buque viejo e inútil, cuya pérdida no sea lamentable: Si el buque vuela por los aires, se sabrá en qué punto comienzan las defensas submarinas.

—¿Y O'Neal ha sido ese buque? —sonrió Max.

—Pudiera haberlo sido.

—Pero con mi informe dado a los periódicos no sabrán dónde

voló el buque.

—Quizá —sonrió Duke.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Max.

—Que son varias las personas que ya conocen el sitio exacto dónde voló O'Neal.

—¿Quiénes son esas personas?

—Usted, amigo Max, sus hombres, el teniente Healy, el forense, los camilleros que retiraron el cuerpo...

—¿Es que sospechas de nosotros?

—Podría sospechar de usted o, por lo menos, de la Policía. ¿Quién mejor que ella podía conocer el paradero de Steve O'Neal?

—Eso es una tontería —estalló Max.

—El tiempo lo demostrará. Desde luego crea que son muchas las personas interesadas en conocer los secretos de mi domicilio.

—Eso sí. Yo el primero. ¿Por qué dejaste tu otra casa y gastaste un millón de dólares en comprar esta y en disponerla a tu gusto?

Duke saltó una carcajada.

—Valora usted en muy poco esta hermosa casa. A millón cada una estoy dispuesto a comprar cien casas semejantes. No, Max, no. Esta casa vale bastante más de un millón, de dos y de tres. Sólo un par de los aparatos instalados en ella valen más de un millón.

—¿Estás loco?

—Es la pura verdad. El arreglar la casa, instalar el laboratorio, blindarlo, disponer los ascensores y la instalación eléctrica, vale un millón y medio. El aparato de rayos X vale otro millón. Ha sido construido en Alemania y no existe otro en el mundo. Las defensas a base de rayos infrarrojos ascienden casi a otro millón. Y los aparatos del laboratorio pasan bastante de los dos millones, aunque el más caro de todos apenas abulta la que un aparatito de radio.

—¿Y todo eso para qué? —dijo Max.

—Para poder vivir tranquilo. No quiero que se repita el juego de que todo aquel a quien le diera la gana se metiese en mi casa, como ocurría antes.

—La muerte de O'Neal será un buen aviso —dijo Max.

—No sé. La ciencia moderna logra milagros casi inconcebibles. A veces, ante ciertos descubrimientos, nos sería más fácil creer en que se consiguieran mágicamente a aceptar sus resultados como algo lógico y natural, producto del dominio del hambre sobre fuerzas

físicas que hasta ahora han permanecido indomables.

—¿Y qué? —preguntó Betty.

—Pues que todos mis dispositivos de defensa pueden ser anulados por medio de esas mismas fuerzas que los sabios dominan. Si no me diesen más trabajo que penetrar en esta casa sin que ninguno de las timbres de alarma funcionara, consideraría la operación de una sencillez absoluta.

—Entonces, ¿por qué te has gastado tantos millones si consideras el trabajo y el gasto inútiles?

—No son inútiles, porque en el novecientos noventa y nueve por mil de los casos darán buenos resultados. Sólo fallarían si tuviera frente a mí un hombre de ciencia que tratase de luchar conmigo. Y no un hombre de ciencia vulgar, sino uno de los pocos grandes sabios que poseemos. Para él mis defensas resultarían infantiles.

—¿Esperas tener que luchar contra uno de esos sabios?

—Espero tener que luchar contra alguien.

Max Mehl se levantó.

—Está bien —dijo—. Avísame cuando empiecen los fuegos artificiales. Hace tiempo que descansamos y ya siendo hora de que nos pongamos en movimiento.

—Quizá tenga más aventuras y emociones de las que desea, Max —dijo Duke.

Ni él ni Max, ni ninguno de los que allí se encontraban, podía imaginarse lo acertado de las palabras del dueño de la casa. A todos les esperaban emociones terribles, y un peligro acechaba desde el cielo a Duke Straley y a sus amigos. Un peligro que parecería llegar de otro planeta y que sumiría en el más profundo y enloquecedor de los horrores a cuantos se enfrentaran con él.

Aquel peligro dio su primera muestra de existencia una hora después, cuando la ambulancia que conducía el cuerpo de Steve O'Neal fue detenida en su camino hacia la parte baja de la ciudad por grupo de hombres armados de ametralladoras Thompson, quienes, después de reducir a la impotencia a los enfermeros que iban en el auto, se apoderaron del cadáver y huyeron en un coche que les esperaba a poca distancia.

Los restos mortales de Steve O'Neal debían jugar un importante papel en los futuros acontecimientos.

Capítulo 3

Duke Straley examinó un momento la tarjeta que Butler acababa de entregarle. Estampado en la cartulina leíase:

Charles Aldrich Sewall. Hospital Bellegarde.

—¿Quién es ese Sewall? —preguntó Dennison, acercándose.

—Creo recordar que es el director de la Fundación Bellegarde, a sea la heredera de los millones de Bellegarde. Hace poco ha sonado bastante su nombre al adquirir una cantidad de rádiom valorada en dos millones. Van a dedicarse en gran escala a la cura por media de rádiom. Ha empleado en ello el resto de la dotación Bellegarde. Sospecho que van a andar bastante mal de dinero si no consiguen ingresos con esas curas.

—¿No se trata de un hospital para pobres? —preguntó Betty, que fumaba uno de los cigarrillos de su hermano.

—Sí; pero también hay sitio para los ricos a fin de aliviar un poco las cargas.

—¿A qué puede venir? —preguntó Bob.

—No hay como recibirlo para saberlo —sonrió Duke—. Butler, haga entrar al señor Sewall.

—¿Le examinarás el esqueleto? —preguntó Betty.

—Desde luego —rió Duke.

El señor Sewall entró precedido por Butler, quien se hizo a un lado para cederle el paso, retirándose luego y cerrando la puerta.

—Buenos días, señor Sewall —saludó Duke, poniéndose en pie y tendiendo la mano a su visitante, que la estrechó con gran firmeza—. Le presento a mi hermana y a mi amigo el señor Dennison.

Betty y Bob devolvieron la cortés inclinación que les dirigió el

señor Sewall. Éste era un hombre de estatura mediana, vestido de negro, con discreta elegancia.

Sentóse en el sillón que le ofrecía Duke y su esqueleto se reveló perfecto, sin que llevara encima ningún objeto de metal esencialmente peligroso.

—¿A qué debo el honor? —preguntó Duke, después de cortar la corriente.

El señor Sewall le miró con amplia sonrisa y preguntó:

—¿Le han gustado mis huesos?

Duke no se alteró.

—¿Conoce el aparato?

—Sí. Me fue ofrecido por el representante de la casa constructora. Me enseñó su funcionamiento.

—Es una precaución que tomo con todos mis visitantes —declaró Duke.

—Supongo que no será por interés médico hacia ellos.

—No; simplemente para ver si llevan armas encima.

—Yo no las traigo.

—No lo esperaba. Aunque ignoro el motivo de su visita; supongo que no será el de matarme.

—No, ni mucho menos. Y sobre todo después de saber la suerte corrida por su visitante de ayer noche. Los periódicos vienen llenos con terribles insinuaciones acerca de las defensas de esta casa. Casi he estado a punto de declinar el encargo de venir a verle.

—¿De parte de quién viene usted?

—Como presidente de la junta directiva y rectora del Hospital Bellegarde. Deseamos pedirle un favor.

—Usted dirá —dijo Duke, intrigado.

—Como sabe, hemos adquirido últimamente una cantidad de rádiu valorada en algo más de dos millones de dólares.

—Lo leí en una revista médica.

—Pues bien, dentro de una semana recibiremos el rádiu, que ha sido ya pagado y asegurado. Con el pago del rádiu los fondos de la dotación Bellegarde han quedado casi agotados. Es decir, que el esfuerzo realizado nos coloca casi al aborde de la ruina. Necesitamos reunir lo antes posible una cantidad suficiente para pasar sin agobios todo este año. La explotación del rádiu nos permitirá en breve llevar una vida más desahogada. Luego, cuando

ingresen en caja las rentas del próximo año, estaremos en mejores condiciones de vida; pero, de momento, el gasto de esos dos millones empleados en el beneficio de la Humanidad doliente nos pone en un aprieto bastante grave.

—¿Desea usted una aportación mía? —preguntó Duke.

—Sí y no —contestó Sewall—. No he venido a pedirle unos miles de dólares, a pesar de que estoy seguro de que usted no vacilaría en dárme los. He venido a pedirle otra cosa. Un préstamo, y no en metálico.

Duke miraba curiosamente a su interlocutor. Éste prosiguió:

—Por mi trato con los principales proveedores de instrumentos y aparatos para laboratorio, me he enterado de algunas de las adquisiciones hechas últimamente por usted. Entre otras figura la de un horno eléctrico de extraordinaria potencia, ¿no es cierto?

—Lo es —asintió Duke.

El señor Sewall demostró un profundo alivio, como si la admisión por parte de Duke de poseer el horno le quitara un gran peso de encima.

—Bien —dijo—. El consejo directivo del Hospital Bellegarde, del cual, como ya he dicho, soy el médico director, ha pensado, aprovechando la actual Feria Internacional, instalar un *stand*, mejor dicho, un pabellón, en el cual se exhibirán una serie de instrumentos y aparatos curiosísimos, especialmente los más modernos que se conocen. Figurarán en dicho pabellón algunos de los instrumentos que posee nuestro hospital, especialmente, el rádiom adquirido, que, por sí solo, constituirá la base de la atracción para el público. Se nos han cedido ya, también, dos ultramicroscopios, uno de ellos electromagnético y otro electroestático, que permiten un aumento de ciento cincuenta mil tamaños, o sea cien veces más que el mejor microscopio de luz, que sólo aumenta hasta mil quinientos tamaños. También ellos han de constituir una base de atracción. Otra de esas bases serán los brillantes Covarrubias, valorados en tres millones, y que actualmente se hallan pendientes de un pleito de propiedad, entre los Covarrubias, sus antiguos poseedores, y los propietarios actuales. Éstos han accedido a que se exhiban en el pabellón, aunque exigiendo que se tomen toda clase de precauciones para garantizar su seguridad. Exhibiremos varias cosas más y, entre ellas,

quisiéramos presentar al público el horno eléctrico adquirido por usted. Sé que es el más potente del mundo y que funde en unos instantes una barra de acero de veinte centímetros de circunferencia. Si usted nos permitiera exhibir ese horno haría una obra de caridad, pues todos los fondos que se recauden del público que visite nuestro pabellón se destinarán a los servicios del hospital.

—Bien, no hay inconveniente —replicó. Duke—. En realidad, no necesito el horno, y si lo adquirí fue, exclusivamente, por el gusto de poseer un horno capaz de alcanzar una potencia de seis mil grados centígrados. Lo que sí quisiera es la seguridad de que se tratará el horno con todas las precauciones posibles.

—Desde luego —aseguró el doctor Sewall—. Y ya que ha sido tan amable, quisiera pedirle otro favor. Se trata de lo siguiente: Aunque la compañía aseguradora de los objetos ha tomado toda clase de precauciones para evitar el robo, quisiéramos tomar algunas más, entre ellas la de tener un detective particular vigilando los valiosos objetos que se guardarán en el pabellón. ¿Podría usted encargarse de ese trabajo?

—Temo mucho que me sea imposible dedicarme diariamente a la vigilancia de los brillantes, del rádiom y de lo demás; pero sí puedo prometerle acudir algunas veces al pabellón, especialmente los domingos.

El doctor Sewall se levantó.

—Muchísimas gracias, señor Straley. No quiero entretenerle más. Mañana haré venir a buscar el horno.

Sewall abandonó la estancia, acompañado por Duke, y apenas había vuelto éste a su despacho volvió a entrar Butler anunciando:

—El señor Covarrubias desea hablarle, señor.

—Hágale pasar —replicó Duke, después de cambiar una mirada con su hermana y con Dennison.

Covarrubias era un hombre alto, delgado, muy moreno, de cabello sumamente rizado y de manos fuertes y muy cubiertas de vello. La intensa mirada de sus negros ojos recorrió a todos los presentes.

—¿En qué puedo servirle, señor Covarrubias? —preguntó Duke.

—En mucho, señor Straley. ¿Puedo sentarme?

Duke indicó el sillón y un momento después preguntaba:

—¿Por qué viene usted armado con dos pistolas?

Covarrubias no se inmutó.

—Sí —dijo—. No voy a ninguna parte sin ellas. ¡Qué más quisieran los Sloane! Han tratado ya, por dos veces de quitarme de en medio; pero sus sicarios han salido mal librados.

—¿Los mató usted?

—Sí. Soy uno de los mejores tiradores de mi patria. Y desde que estoy aquí he aprendido a disparar aún mejor.

—Es usted de San Miguel, ¿no?

—Sí. Pertenezco a esa desgraciada nación. Mi familia es una de las principales de allí. Descendemos del primer virrey que gobernó el territorio para España. Luego hemos permanecido en San Miguel y diez de los presidentes de la nación han pertenecido a nuestra familia. Somos respetados; pues hemos sido siempre honrados. Se nos podrá acusar de todo; pero no de haber faltado al honor. Entre la gente del campo se dice: «Honrado como un Covarrubias». Y no de ahora, sino desde hace cuatrocientos años.

—¿En qué puedo servirle?

—¡Ah! Sí, perdone. Sé que acaba de recibir la visita del doctor Sewall. Le he visto entrar en su casa. Se ha anticipado a mí. No importa. ¿Ha contratado sus servicios?

—¿Mis servicios? —Duke sonrió—. ¿Por qué habría de contratarlos?

—Es usted un aventurero audaz, señor Straley. He leído infinidad de hazañas tuyas. ¿Está usted obligado por algún contrato al doctor Sewall?

—No, no lo estoy, aunque no veo el motivo de sus preguntas. Ni el motivo ni el derecho, si me permite hablarle con franqueza.

—Tiene razón, señor Straley. Perdone si en algo he herido su orgullo. Si he venido a visitarle ha sido, exclusivamente, para pedirle su ayuda. Sé que es usted rico y seguramente la oferta material que yo puedo hacerle no le tentará. Por lo tanto, le pediré que me ayude desinteresadamente. Es decir, sin ganar nada, aunque sin perder, tampoco, nada, pues todos sus gastos corren de mi cuenta. ¿Acepta?

—¿Qué es lo que debo aceptar?

—El encargo de recuperar para mi familia los brillantes Covarrubias. Los brillantes que nos fueron robados hace tres años y que ahora pertenecen legalmente a otra persona.

—Creo entender que me propone usted que robe en su beneficio esos brillantes.

—Que los recupere, señor Straley. Esos brillantes nos fueron robados. Por lo tanto, la forma en que vuelvan a nuestro poder no tiene importancia, y nadie podrá llamarla robo.

—Sospeché que si yo, pistola en mano, o como fuera, me apoderase de esos brillantes, la Policía neoyorquina interpretaría mi acción como un robo.

—Moralmente no sería usted un ladrón.

—Los factores morales no son siempre los que más pesan en la balanza cuando se trata de juzgar la culpabilidad de una persona.

—Óigame, señor Straley. Voy a contarle la historia de los brillantes Covarrubias. Si después de oírla no me considera usted con derecho a valerme de todos los medios, lícitos o ilícitos, para recuperarlos, saldré de esta casa y volveré a mi país. Pero usted comprenderá. Estoy seguro de ello. Aunque ha nacido en este país, lleva sangre nuestra en las venas. Un Pozoblanco era almirante de la flota que puso fin a las audacias de los bucaneros en el Caribe. Entre los buques mandados por él contaba el «Santa Clara», mandado por don Diego Covarrubias. Cuando la «Tortuga» quedó rasa como la palma de la mano, el almirante Pozoblanco dijo al capitán don Diego de Covarrubias: «Si llego a conocerlos mejor, hubiera venido con menos barcos. Un Covarrubias vale por cien de los mejores».

—Desconocía esa antigua relación entre nuestras familias —dijo Duke—. Tenga la bondad de explicarme la historia de esos brillantes.

—Entre nuestras propiedades figuró hace tiempo un yacimiento de brillantes. Hoy día está casi agotado y apenas se explota; pero hubo un tiempo en que no existía otro más rico en toda América del Sur. Era costumbre entre mis abuelos reservarse los brillantes más grandes, o sea los más valiosos que se obtenían. No los reservaban para su lucimiento personal ni para adornar a sus esposas, sino para un fin mucho más desinteresado. Cuando se hubieron reunido los suficientes brillantes, se hizo venir de España a un famoso joyero de entonces y se le encargó que hiciera una corona para la imagen de Santa Clara, que se veneraba en nuestra capilla. Era la misma imagen que adornó la proa del galeón «Santa Clara» en el combate

de la Tortuga. El artífice tardó, aproximadamente, unos tres años en hacer la corona, que era de oro purísimo y estaba cuajada de brillantes, veinticinco de ellos verdaderamente enormes, ejemplares casi únicos, superiores a cuantos se han descubierto hasta ahora. El valor de dicha corona era incalculable y no tardó en ser famosa. Sin embargo, sólo una vez se intentó robarla. Unos piratas ingleses, a las órdenes del famoso capitán Kidd, avanzaron tierra adentro en dirección a la capilla. Nuestros peones, prevenidos a tiempo, se encerraron en la capilla y opusieron una resistencia desesperada a los piratas, y, entretanto, dos hombres pudieron llegar al fuerte más próximo y regresar con cien soldados peninsulares y cien indígenas, acabando, entre todos, con los hombres de Kidd. El jefe se salvó por verdadero milagro. Claro que aquellos eran tiempos de gran devoción. Vinieron luego las luchas de independencia, y sólo gracias a que uno de los Covarrubias figuró en las filas rebeldes, luchando contra sus hermanos, pudo, al llegar el triunfo de la revolución, salvar las haciendas de sus parientes. Desde entonces, a pesar de las revoluciones, como siempre ha habido en ambos bandos contendientes algún Covarrubias, las haciendas y, sobre todo, la famosa corona de Santa Clara, se han ido salvando. Pero hace tres años, por primera vez en la historia de San Miguel, los Covarrubias no figuraron en las filas rebeldes. En esa ocasión se trataba de un levantamiento que iba contra las esencias de nuestra raza y de nuestra familia. Los Covarrubias no podían figurar entre unos revolucionarios que proclamaban su odio contra Dios y contra su Iglesia. Todos ustedes conocen, sin duda, la tragedia de San Miguel. Cómo los revolucionarios, aprovechando la debilidad e indecisión del gobierno, se hicieron dueños de las cuatro quintas partes del país y destruyeron lo más sagrado que en él había. Durante tres años, los Covarrubias, lejos de nuestras posesiones, al frente de un grupo de guerrilleros montañeses, luchamos contra las hordas dirigidas desde un odioso país europeo. Casi no teníamos armas; pero las arrebatamos a las tropas del gobierno constituido en la capital. Como eran hombres sin fe, no podían luchar con ella, y poco a poco se fueron pasando a nosotros y engrosando nuestras filas. Al principio no teníamos más que fusiles y pistolas; luego poseímos ametralladoras, cañones y hasta tanques. Con ese material y un ejército cada vez más numeroso, hace medio año terminamos

nuestra guerra de reconquista y volvimos a ser dueños de San Miguel. Mi hermano mayor es ahora el presidente y está haciendo lo imposible por curar las heridas de nuestra patria. Yo he sido encargado de recuperar lo nuestro. No nuestro oro, ni nuestras joyas todo eso carece de valor en comparación con lo que tantos han perdido. No daríamos un solo paso por recuperarlo. Pero lo que sí queremos son los brillantes de la corona de Santa Clara. El gobierno revolucionario destruyó la corona y quiso vender los brillantes en Nueva York. No había nadie capaz de pagar lo que valían. Por fin, los Sloane entregaron a cuenta de ellos un millón de dólares, guardando los brillantes como garantía del préstamo hecho al gobierno de San Miguel. Dos días antes de que el gobierno abandonara el país, el representante allí de los Sloane entregó otro medio millón y adquirió así, en firme, los brillantes. Como los Estados Unidos, que necesitaban la bauxita que tanto abunda en San Miguel, reconocieron a aquel gobierno, la venta es considerada legal; pero nosotros no podemos aceptarla así. Hemos reclamado y estamos sosteniendo un pleito con ellos. Mas ese pleito se va alargando porque a los Sloane les interesa que así ocurra y, entretanto, nos han ofrecido vendernos lo que es nuestro, por tres millones. No es mucho, pues los brillantes valen bastante más; pero sería una locura pagar esos tres millones, tan necesarios para otras cosas, por unos brillantes que todo el mundo sabe que son nuestros.

—¿Y por eso quiere recuperar los brillantes sea como sea? —preguntó Duke.

—Sí. No quiero perder más tiempo. Los brillantes son nuestros. Deben volver al sitio a que pertenecen. Y sea como sea, volverán.

Duke permaneció callado unos instantes.

—Bien, señor Covarrubias —dijo al fin—. No puedo negar que tiene usted todas mis simpatías y que reconozco esos derechos que usted alega. Sin embargo, repito lo dicho anteriormente. Mi ayuda sólo puede ser moral y material en cierto sentido; nunca activa en lo que usted desea. No puedo cometer lo que según nuestras leyes sería un robo, aunque existan factores morales que lo abonen.

—Entonces... —Covarrubias se había puesto en pie—. ¿No acepta?

—No puedo aceptar el compromiso de cometer ese robo. Pero le ayudaré en cualquier otra forma...

—No es necesario, señor Straley —dijo secamente Covarrubias—. Creí encontrar en usted un amigo, pero veo que me he equivocado. Buenos días, señorita; buenos días, caballeros. Como dijo el almirante Pozoblanco, los Covarrubias valemos por cien. Ya tendrán noticias mías.

Y antes de que Duke pudiera replicar, el visitante dio media vuelta y abandonó la estancia.

—¡Vaya genio! —exclamó Betty—. Es un hombre encantador.

—Demasiado impetuoso —dijo Bob—. Acabará metiéndose él mismo en la cárcel o en otro sitio peor.

—Sin embargo, tiene toda la razón —murmuró Duke—. Conocía ya la historia de los brillantes. Los Sloane, esos magníficos comerciantes que son la admiración de todos los desaprensivos, han hecho un buen negocio; pero si nuestro visitante obra con inteligencia, vencerá. Mas no creo que sepa dominar sus ímpetus, y en ese caso...

Duke no terminó su comentario. Se puso en pie, y volviéndose hacia Betty y Bob, propuso:

—Vayamos a comer y a disfrutar de un día de tranquilidad.

Capítulo 4

Durante quince días nada turbó la calma de la vida de Duke Straley. Las pesquisas para dar con el cadáver de Steve O'Neal resultaron vanas y el caso fue arrinconado entre los no resueltos.

—¿Estás seguro de que O'Neal murió? —preguntaba Max Mehl a Duke, mientras acompañaba a éste, a Bob y a Betty a la Feria Internacional.

—Completamente seguro —sonrió Duke—. Con la descarga que él recibió hubieran muerto veinte personas.

—Entonces, ¿a qué obedece el robo de su cuerpo?

—Quizá sus amigos creyeron poderle devolver la vida y luego, al ver que no lo conseguían, enterrarían el cadáver en cualquier parte.

—Ojalá sea así —gruñó Max Mehl—. No me gustaría nada que el día menos pensado reapareciese Steve haciendo de las suyas. Los periódicos han insinuado otra huida sensacional como la anterior.

—Su huída ha sido de este mundo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Bob.

—A visitar el pabellón del Hospital Bellegarde. Tengo interés por ver cómo han colocado nuestro horno y, además, por ver los brillantes Covarrubias.

—¿Y no le interesa el rádiom? —preguntó Max Mehl.

—No tanto. Lo conozco lo suficiente, y por otra parte carece del interés apasionante de los brillantes Covarrubias. ¿Qué sabe de ellos, Max?

—Que existe un pleito, que están asegurados en tres millones de dólares, pero que valen muchísimo más.

Entraron en la Feria, dominada por la enorme y esbelta masa del Trylon y la Periesfera con sus siete mil planchas de acero unidas por medio millón de remaches. Dejaron su auto aparcado en el espacio destinado a ello y comenzaron a pasear por las avenidas, entre la

multitud que se agolpaba ante los pabellones. Por fin llegaron a la construcción que el Hospital Bellegarde había levantado junto al lago artificial. Era un sólido pabellón de cemento armado y su puerta era de sólido acero. Una larga cola de curiosos aguardaba turno para pagar el medio dólar que se exigía para visitar el pabellón.

—Si queremos entrar hoy, no nos quedará más remedio que recurrir a su influencia, Max —dijo Duke.

El jefe de Policía adelantóse hacia la puerta, mostró su carnet de identidad y recibió permiso para entrar en el pabellón, junto con Duke, Betty y Bob Dennison.

Charles Aldrich Sewall acudió al encuentro de los visitantes.

—No esperaba verle tan pronto por aquí, señor Straley. Me olvidé de enviarle un pase de libre entrada a la Feria. Allí tenemos su horno. Precisamente ahora lo estamos probando. Con su permiso iré a atender algunos detalles que faltan por resolver. Les presento al antiguo sargento de la Policía el señor Petersen.

Alejóse Sewall, y Max estrechó la mano de Petersen, sargento retirado de la Policía metropolitana que se dedicaba a investigaciones privadas.

—¿Cómo va eso, Petersen? —preguntó Max, que había sido jefe inmediato del antiguo policía.

—Muy bien, señor Mehl —replicó el sargento—. Mi negocio de investigaciones privadas me permite vivir desahogadamente. Ahorro íntegramente la pensión. Mi hijo mayor está terminando su carrera de abogado. Creo que hoy recibe el diploma. El Hospital Bellegarde me paga diez dólares diarios por vigilar lo que se guarda aquí. Además, la banca Sloane y la agencia de seguros me completan el sueldo hasta cien dólares diarios. Es el mejor empleo que he tenido en mi vida.

—Ahí viene Covarrubias —susurró Robert Dennison al oído de Duke.

En efecto, el sudamericano acababa de entrar junto con otros visitantes.

—Un consejo, Petersen —dijo Duke—. Vaya donde están los brillantes y procure no perderlos de vista.

El expolicía siguió inmediatamente el consejo y fue hacia la barrera que separaba al público del enorme tesoro que se exhibía

sobre una mesa forrada de terciopelo y vigilada por seis guardias armados de carabinas.

Duke observó que junto al lugar de exhibición de los brillantes se encontraba, sobre un pie metálico, un cilindro de pulido acero. Dentro de él y protegido por otras cápsulas de plomo, encontrábanse unos microscópicos granos de rádiu valorados en más de dos millones de dólares. Antes de ser utilizados en el Hospital Bellegarde, se exhibían allí para satisfacer la curiosidad del público, quien, si no veía el rádiu, pues su exhibición hubiera resultado peligrosa, disfrutaba en cambio de la visión de la fuerte caja que lo guardaba. Además, detrás del tubo de acero se veían una serie de datos explicativos de la obtención del rádiu, por el tratamiento de varias toneladas de pecblenda traídas en avión desde las más remotas regiones canadienses.

En el momento en que Duke volvía la vista hacia el lugar de exhibición de los brillantes, oyóse un silbido y dos objetos redondos rodaron por el suelo.

—¡Bombas de mano! —gritó alguien.

Alocados, los visitantes se precipitaron hacia la puerta; pero el sargento Petersen fue más rápido que ellos. Su mano se cerró sobre una palanca y una puerta de acero descendió velozmente, cerrando la única salida del pabellón.

Al mismo tiempo, oyéronse dos sordas detonaciones y el local se llenó de un humo intensamente blanco, denso como copos de algodón en rama y a través del cual era imposible ver.

—¡Granadas de humo! —exclamó Duke.

Instintivamente había corrido hacia el sitio donde se hallaban los brillantes y en torno al cual reinaba la mayor confusión. Tropezó con dos de los guardias, que agitaban sus carabinas sin saber qué partido tomar y gritando que se guardara algún orden. Duke empujó a un lado a los guardias, contra quienes tropezó, y llegaba ya a la mesa donde estaban los brillantes, cuando tropezó con alguien que no era un guardia.

Obedeciendo a una súbita inspiración, Duke trató de retener al invisible personaje; pero éste se revolvió con inesperada violencia y Duke recibió en el hombro un golpe descargado con un saquito que parecía lleno de piedras. Soltó un momento a su agresor, que aprovechó la oportunidad para escabullirse entre el humo, sin que

Duke hubiera podido reconocerle.

Oyóse casi al mismo tiempo un grito de agonía que dominó el tumulto reinante. Desde fuera llegó el gemir de numerosas sirenas policíacas, y un momento después resanaron fuertes golpes contra las puertas del pabellón.

—¡Señor Sewall, abra en seguida! —gritó Duke—. Mientras no abra la puerta no podremos ver lo que ocurre.

En efecto, la humareda seguía conservando su misma densidad, que ni las luces podían vencer.

—¿Dónde está, señor Straley? —gritó Sewall—. Venga hacia mí. Estoy junto a las palancas que mueven la puerta.

Guiado por la voz de Sewall, Duke fue hacia él, llegando a su lado después de luchar con la muchedumbre agolpada a la puerta.

—Tenemos que abrir —dijo Duke.

—Tengo en la mano la palanca que gobierna la puerta —jadeó Sewall.

—¿No hay teléfono en el pabellón? —preguntó. Duke.

—Sí, aquí... ¿Quiere llamar?

—Sí, antes de abrir conviene que nos pongamos en contacto con la Policía.

Sewall entregó el teléfono a Duke. Del otro extremo del hilo llegó una voz femenina.

—Quiero hablar con la Policía —dijo Duke—. Llamo desde el pabellón del Hospital Bellegarde...

—Hola, Duke —susurró la voz de Max Mehl—. Déjeme el aparato.

—Hola, Max. No sabía dónde encontrarle —replicó el joven, cediendo el teléfono al jefe de Policía, quien ordenó al agente que se puso al aparato.

—Dense prisa. Max Mehl al habla. Avisen al teniente Healy para que venga con refuerzos, que rodeen el pabellón, que no dejen salir a nadie. Que formen una triple cuerda en torno a él. Cuando se abra la puerta saldrá una densa humareda del interior. Que nadie la aproveche para huir. ¿Entendido?

Duke le oyó devolver el teléfono a Sewall, y al cabo de unos minutos, después de haberse oído aumentar el gemir de las sirenas, el timbre del teléfono resonó en las tinieblas. Max volvió a coger el aparato.

—Diga... ¿Sí? ¿Ya podemos abrir? Bien. Mucho cuidado.

Colgando el teléfono, el jefe de Policía ordenó a Sewall:

—Abra las puertas en cuanto yo termine de hablar a esta gente.

Habíase hecho un silencio bastante total, como si todos los que estaban encerrados en el pabellón comprendieran la gravedad de lo que estaba ocurriendo. La potente voz de Max acentuó dicho silencio.

—Señoras y caballeros: Vamos a abrir la puerta. Que nadie se precipite al exterior, pues el pabellón está rodeado de policías que dispararán sobre el que intente huir. Estéanse quietos, dejen que el humo se disipe y luego sigan las instrucciones que les darán las autoridades. Es muy importante, para evitar accidentes, que nadie pierda la serenidad.

Oyóse un murmullo de asentimiento y, por fin, Max indicó a Sewall:

—Abra la puerta.

Sewall movió la palanca que ponía en marcha el mecanismo de la puerta, que se levantó lentamente, dejando entrar una leve claridad que se fue acentuando, a medida que el humo salía.

Aunque alguno de los prisioneros hubiera pretendido huir le hubiera sido imposible lograrlo, pues una muralla de policías cerraba la salida.

—¿Cómo tarda tanto en disiparse el humo? —preguntó Max.

—Es que el pabellón no tiene otra abertura que la puerta —explicó Sewall.

Por fin quedó el interior del pabellón bastante libre de humo y un grito de mujer resonó en el lugar:

—¡Duke! ¡Duke! —llamó Betty—. ¡Le han asesinado!

Straley y Mehl corrieron hacia donde sonaba la voz y entre los jirones de blanco humo vieron a Betty junto a un cuerpo humano tendido en el suelo. Al llegar junto a la muchacha, Max y Duke reconocieron el cuerpo. Era el de Petersen, el antiguo sargento jubilado. Estaba caído de espaldas y en el pecho tenía clavado un cuchillo o puñal de extraña empuñadura.

Duke no tuvo necesidad de examinar más atentamente aquel cuerpo para saber que estaba frente a un cadáver.

—¿Le han matado? —preguntó Max.

—Eso parece —dijo Duke—. Debió de tropezar con...

Un alarido interrumpió a Duke. La voz de Sewall elevóse en un histérico chillido.

—¡Los han robado! —repetía, como loco.

Duke corrió hacia el lugar donde se encontraban los brillantes. Una sola mirada le bastó para darse cuenta de que habían desaparecido; pero Sewall parecía preocuparse por algo que debía de juzgar mucho más importante. Con los ojos desorbitados señalaba con temblorosa mano el pedestal donde estuviera el cilindro conteniendo el rádiom. No se veía ni rastro del tubo, que había desaparecido como la colección de brillantes.

Sewall seguía chillando y lanzando exclamaciones.

—¡El rádiom! ¡Dos millones perdidos! ¡Dios mío! ¡Es la ruina!

—Serénese —dijo Duke, cogiéndole de un brazo—. ¿No está asegurado?

—¿Eh? —Sewall no comprendía—. ¿Qué dice? ¿Asegurado? ¡Ah, sí! —Su rostro se iluminó—. Sí, es verdad... asegurado...

Max habíase abierto paso por entre el público, y llegando al cordón de policías, ordenó:

—Que entren unos cuantos para registrar a todo el mundo. Que no salga nadie. Que avisen a Jefatura para que envíen unas cuantas matronas para registrar a las mujeres.

—Sería conveniente avisar a la Compañía que ha asegurado esto —advirtió Duke—. Creo que están cinco millones en juego y tienen derecho a tomar toda clase de precauciones para recuperar algo de lo perdido.

Max retransmitió las órdenes y un momento después seis policías entraron en el pabellón; obligaron a todos a ponerse en fila y comenzaron un minucioso registro, de los hombres y de los bolsos de las mujeres, en espera de que llegaran las matronas.

Éstas y los representantes de la Compañía aseguradora llegaron al cabo de unos veinte minutos. Los de la Compañía de seguros traían un gran camión.

—Un aparato de rayos X —explicó el jefe—. Si han desaparecido los brillantes, pudiera ser que los culpables se los hubieran tragado. No hay que descuidar ninguna precaución.

Se llevó a cabo metódicamente el registro, y sólo después de pasar por manos de la Policía y de los agentes de seguros, se permitió a los que se hallaron en el pabellón que salieran, aunque

sin poder marchar a sus domicilios.

—Se ha cometido un asesinato —explicó Max—. Aunque no sean ustedes culpables del robo, no podemos dejarles en libertad hasta habernos convencido de que no lo son, tampoco, del crimen.

En el momento en que dos policías cacheaban a Covarrubias, Duke se acercó a ellos. Iba a saludar al sudamericano, pero se contuvo al oír la exclamación que acababa de lanzar uno de los policías, en la palma de cuya manó brillaba un grueso brillante.

—¿Qué es eso? —preguntó Covarrubias—. ¿De dónde ha salido?

El policía le dirigió una mirada llena de odio y llamó a Max.

—Mire, jefe, lo que hemos encontrado encima de este pájaro.

Max examinó el brillante y luego miró a Covarrubias.

—¿Puede explicar la procedencia de esta piedra? —preguntó.

—No sé... —tartamudeó el sudamericano—. No sé... Yo no llevaba ninguna piedra preciosa...

—¿La conoce? —insistió Max Mehl.

—Parece uno de nuestros brillantes...

Max gruñó:

—Detengan a ese hombre. Que no hable con nadie. Regístrenle mejor. Tomen sus huellas dactilares. Luego vean si hay alguna huella en el puñal con que asesinaron a Petersen.

Volvióse hacia Duke y Bob.

—¿Qué opinas, Duke? —preguntó.

Straley se encogió de hombros.

—No sé aún —miró un momento el alterado rostro de Covarrubias, en cuyos ojos leyó una honda súplica, y con voz bastante alta para que el otro pudiera oírle, agregó—: No entiendo nada.

—Mientras continúa el registro podríamos ver si encontramos por aquí algún brillante más.

Sewall reunióse con ellos. Estaba pálido como un muerto y le temblaban las manos.

—Es inaudito —murmuró—. Un robo así... ¿Creen que podrán encontrarlo?

—¿Los brillantes? —preguntó Duke.

—¿Eh? No; los brillantes no tienen ninguna importancia. Lo que vale es el rádium... ¿Dónde puede estar?

—Nadie ha salido desde el momento en que las dos granadas

fumíferas fueron lanzadas —dijo Max—. Vigilé la puerta y vi como se cerraba antes de que nadie pudiera alcanzarla. Y sólo después del estallido de las granadas, cuando el humo llenó el pabellón, se cometió el robo. Por lo tanto el rádiom y los brillantes tienen que estar aquí.

Inicióse el meticoloso registro del pabellón sin que apareciera ni rastro de los brillantes ni del tubo de acero. Al llegar ante el enorme horno eléctrico, el rostro de Max Mehl iluminóse.

—¿Quizá estén ahí dentro! —exclamó, abriendo la pesada puerta del horno.

Apenas lo hubo hecho, saltó hacia atrás, llevándose las manos a los ojos. Un haz luminoso de un rojo blanco intenso se proyectó contra la pared.

—¡Está encendido! —dijo Dennison.

—Sí —dijo Sewall—. Lo estábamos probando... ¿Recuerda que se lo dije, señor Straley?

—Sí —contestó Duke—. Supongo que podemos apagarlo...

—¿No puede el rádiom estar ahí dentro? —preguntó Max Mehl.

—Si estuviera ahí se habría volatilizado ya —sonrió Duke—. Este horno es de una potencia capaz de fundir los metales más duros —examinó el marcador de temperatura y explicó—: En estos momentos se halla en el punto de ebullición del tungsteno puro, o sea a más de cinco mil ochocientos grados centígrados.

—Bien, tendremos que registrarlo todo a fondo —gruñó Max—. ¿No puede entrar dentro de esos molinillos de café? —preguntó, señalando los dos enormes supermicroscopios.

—Pudiera ser; pero no aconsejo que los registren —dijo Sewall—. Se trata de aparatos muy delicados y sólo pueden ser tocados por técnicos.

—Yo puedo registrarlos —anunció Duke—. Conozco los aparatos.

Pero ni allí, ni en ningún otro lugar del pabellón, se encontró el menor rastro de los veinticinco brillantes Covarrubias (excepto el encontrado en poder del sudamericano) ni del tubo de rádiom. El examen por rayos X no permitió descubrir que ninguno de los visitantes se hubiera tragado ninguna piedra preciosa.

Un examen del cuchillo que había causado la muerte de Petersen permitió descubrir una huella del dedo meñique de la mano

derecha de Covarrubias, quien, al serle presentado el cuchillo, reconoció ser de su propiedad.

—Es un arma indígena —explicó—. Muy valiosa. No comprendo cómo está aquí... La dejé en mi hotel.

—Una explicación muy convincente —gruñó Max—. Me parece, señor Covarrubias, que va a necesitar usted algo más que un abogado para librarse de la silla eléctrica.

Covarrubias palideció.

—¿Qué quiere decir? —preguntó—. Ya he dicho que no sabía nada de ese brillante... No se cómo ha podido ir a parar a mi bolsillo...

—Y tampoco sabe cómo fue a hundirse su daga en el corazón del guardián de los brillantes. En fin, procure convencer al juez, pues a mí no me convence.

—Señor Straley —jadeó Covarrubias—. Convenza usted...

El sudamericano le interrumpió, pues Duke había avanzado hacia él y, de pronto, le agarró fuertemente por la chaqueta y lo zarandeó un momento, soltándolo luego en brazos de los policías.

—¿Qué significa...? —empezó Covarrubias.

Duke le miró impasible mientras Max daba orden de que se lo llevaran.

—No cabe duda de que tenemos al asesino —gruñó el jefe.

—No, Max; Covarrubias no es culpable de nada —dijo Duke—. Por lo menos no es el asesino ni el ladrón de los brillantes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Max.

—Por el tacto —sonrió Duke—. Para estos trabajos hace falta mucho tacto. Muchísimo tacto. Vamos, Betty. Marchémonos antes de que el amigo Max se de cuenta de que a nosotros no nos ha hecho registrar.

—¡Eh! —Max enrojeció intensamente—. ¡Eh, vosotros! —llamó a unos policías—. Registrad a esos dos y que una matrona registre a la señorita.

—Y no se olviden de registrar al jefe de Policía —rió Duke—. Sé de un caso en que se cometió un robo en unas circunstancias muy parecidas a esta, aunque sin bombas de humo ni asesinato. Y el ladrón, en cuanto entró la Policía, metió en el bolsillo de uno de los agentes lo robado, se dejó registrar, recuperó el producto de su robo y salió tranquilamente a la calle.

—No hace falta que me registren —gruñó Max, comenzando a rebuscar en sus bolsillos—. Para eso me basto yo.

Y con verdadero alivio no tardó en convencerse de que ni en sus bolsillos ni en los de Duke ni Bob ni encima de Betty se encontraba ningún brillante ni ningún tubo de rádium.

—¿Puedes explicarme qué has querido indicar al decir aquello del tacto? —preguntó Max.

—Muy sencillo —replicó Duke, disponiéndose a salir del pabellón—. Que el traje de Covarrubias es de estambre finísimo, y en cambio, el asesino, o por lo menos el ladrón de los brillantes, con quien tuve el disgusto de tropezarme y recibir un buen golpe con el paquete de piedras preciosas, llevaba un traje mucho menos fino y, además, en vez de una americana cruzada, como en el caso de Covarrubias, llevaba una chaqueta lisa.

En el momento en que iba a salir, Duke vio entrar a un hombre que agitaba los brazos en alto y ponía al cielo por testigo de lo inaudito del suceso.

—¡Mis brillantes! —Rugía—. ¿Dónde están?

—¡Oh, señor Sloane! —exclamó Sewall, acudiendo al encuentro del recién llegado—. ¡Un robo lleno de audacia! Sus brillantes y el rádium del hospital... Por fortuna el seguro cubrirá...

—¡Un diablo! Mis brillantes valían seis millones. Sólo quisieron asegurarlos en tres. Pierdo tres millones...

—Perdone, señor —interrumpió Duke—. Gana usted uno y medio, que no es lo mismo.

—¡Eh! ¿Quién es ese hombre?

La respuesta se la dio a Sloane el jefe de Policía.

Capítulo 5

El robo de los cinco millones llenó las primeras páginas de los periódicos y contribuyó más que toda la propaganda hecha hasta entonces a que la atención del público se dirigiera hacia la Feria Universal. Se publicaban fotografías del pabellón del Hospital Bellegarde, de los brillantes, de los esposos Curie descubridores del rádium, del doctor Sewall, del Hospital. Luego seguía una detallada información acerca de las inútiles pesquisas de la Policía para dar con los objetos desaparecidos, de lo inexplicable de su robo, ya que nadie había salido del pabellón antes de que desaparecieran y, por otra parte, el citado pabellón, según declaraciones del arquitecto que trazó los planos y de los obreros que lo construyeron, no tenía más salida que la puerta. «Sólo un hombre invisible habría podido sacarlos», decía un reportero.

—¿Lo crees tú también? —preguntó Betty a su hermano.

—¿Eh? No, no. Nada de hombres invisibles. La explicación tiene que ser mucho más sencilla. Infinitamente más sencilla. Cuando demos con ella nos asombrará haberla tenido tanto tiempo delante de nuestros ojos. Durante toda la noche he estado pensando en lo que yo hubiera hecho de hallarme en el caso del ladrón y criminal.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —preguntó Bob.

—He llegado a varias; pero aún me faltan bastantes más por resolver. De momento he pedido a Max que venga con Covarrubias. Me interesa interrogarle.

—¿Qué hubieras hecho en el caso del asesino? —preguntó Betty.

—Ante todo buscar a alguien a quien, como vulgarmente se dice, cargarle el muerto.

—¿Quién podía ser ese alguien? —preguntó Dennison.

—El sospechoso ideal era, en este caso, Covarrubias. Cabía esperar, lógicamente, que no faltase el día de la inauguración del

pabellón del Hospital Bellegarde. Recordad que apenas hubo entrado en el lugar se cometió el robo y el crimen. Eso quiere decir que alguien le vigilaba, se apoderó del puñal que Covarrubias guardaba en su equipaje y, anticipándose a él, formó entre los que aguardaban turno para entrar y una vez en el pabellón lanzó las dos granadas, robó los brillantes y asesinó a Petersen, que, sin duda, se interpuso, como yo, en su camino.

—¿Entonces crees que se planeó de antemano el asesinato del sargento? —preguntó Bob.

—No, no creo eso. El ladrón debió de prevenirse contra cualquier contingencia. Por eso se llevó el puñal. Si no pensaba en matar, en cambio debió de intentar herir a alguien. Se necesitaba quitar de en medio a Covarrubias cargándole un delito o dos. Con un asesinato sobre él, Covarrubias está más que quitado de en medio, y necesitará mucha suerte para librarse de la silla eléctrica.

—¿Qué más has averiguado? —preguntó Bob.

—Nada más. Estamos al principio del caso.

—¿Crees que tiene alguna relación con Steve O'Neal?

—De momento no se advierte ninguna; pero no me extrañaría que al fin descubriéramos esa relación.

—¿Por qué no crees que Covarrubias pueda ser el culpable? —preguntó Betty.

—No sé. Tal vez porque un abuelo suyo y otro nuestro lucharon juntos. Además, ¿por qué guardaría un solo brillante? Si era capaz de cometer un robo y un crimen tan burdos, lo lógico hubiera sido encontrar en su poder todos los brillantes. Me inclino mucho más a creer que el verdadero ladrón sacrificó un brillante para asegurarse así la impunidad.

—¿Y cómo sacaron los brillantes y el rádiom del pabellón?

—No creo que los sacasen —replicó Duke—. Estoy seguro de que continúan allí.

—¿Escondidos?

—Desde luego.

—¿Dónde?

Duke encogióse de hombros.

—Pueden haberse escondido en muchos sitios. En el suelo, en algún hueco de la pared, dentro del tubo de alguna palanca...

—¿Podrías encontrarlos? —preguntó Bob.

—Seguramente. Pero no me interesa hallarlos.

—¿Por qué?

—Porque no es el rádiom ni los brillantes lo que en este caso importa. Hemos de encontrar al asesino o asesinos, y podéis estar seguros de que el criminal sacrificaría gustoso todos los millones si a cambio de ellos podía conservar la vida. Por consiguiente hemos de esperar a que el culpable de un paso en falso. Mientras tanto... Mientras tanto lo más importante es esperar.

Sonó un timbre y encendióse una luz del despacho. Duke consultó una pequeña pantalla de cristal esmerilado y anunció:

—Vienen Max y Covarrubias.

En efecto, un momento después Butler anunció a los dos visitantes.

El sudamericano aparecía sumamente fatigado. Max Mehl descubría en su expresión la ira que le dominaba.

—Sospecho que sus hombres han estado jugando al tercer grado con el señor Covarrubias —comentó Duke.

—Es canallesco —refunfuñó Covarrubias—. Me han tenido seis horas sentado bajo un reflector, sin dejarme fumar ni beber agua, haciéndome preguntas y más preguntas, sin dejarme descansar...

—Confiese su culpa y no le molestaremos más —dijo Max.

Covarrubias sonrió débilmente.

—Uno de nuestros más famosos clásicos puso en boca de uno de sus personajes la afirmación de que la mejor manera de conservar intacto el cuello era callar durante el tormento, por mucho que se sufriera. Yo no soy culpable ni ustedes me han sometido a un tormento físico. Pero aunque lo hicieran no hablaría, no diría más que lo dicho. Soy inocente.

—Entonces, ¿por qué fue a la FERIA?

—¿Es que no tengo derecho?

—Sí. Pero, además de las que dice, usted llevaba otras intenciones. ¿Por qué entró en el pabellón del Hospital Bellegarde?

—Para ver los brillantes que eran míos.

—Para robarlos.

—Aunque hubiera sido esa mi intención, no habría hecho otra cosa que apoderarme de lo que era mío.

—Entonces acepta que...

—No acepto nada. No tuve tiempo de acercarme a donde

estaban los brillantes, pues casi en seguida estallaron las granadas...

—Que usted lanzó.

—No, señor. Ya he dicho que he sido víctima de un complot...

—¿Por eso se llevó el puñal?

—El puñal quedó en mi equipaje.

—Diga que en él dejó la funda.

—Un momento, Max; déjeme hablar con el detenido —pidió Duke.

Volvióse hacia Covarrubias y continuó:

—Señor Covarrubias, yo tengo plena confianza en usted. Estoy seguro de que es inocente y quizá pudiera probarlo; mas, por su propia seguridad, me interesa que permanezca en la cárcel. Y no sólo eso, sino que ahora, al marcharse, se lleve un paquete conteniendo víveres para quince días. Esos víveres consistirán en conservas alimenticias, pan en lata, agua mineral y unas cuantas cosas más. El señor Mehl dará su conformidad, ¿eh?

—¡Hum! —Gruñó Max.

—No podrá disfrutar de una alimentación muy variada; pero sí sana y abundante. No pruebe nada más. No acepte nada que llegue de fuera, aunque pareciese que se lo envío yo.

—¿A qué viene todo eso? —preguntó Max Mehl.

—Una simple precaución. Si la encuentra exagerada puede exponerse a que los periódicos dediquen sus primeras planas a explicar al público que los presos no están seguros En los calabozos de jefatura.

—Está bien. ¿Qué más?

—Ahora quiero interrogar amistosamente al señor Covarrubias. ¿Tiene fe en el detector de mentiras?

—No —declaró Max—. No me fío de ese aparato.

—Sin embargo, en ciertos aspectos es bastante seguro —insistió Duke—. El que yo poseo está muy perfeccionado y puede resultarnos muy útil. Tráelo, Betty.

La joven colocó sobre la mesa un pesado aparato cuadrado, uno de cuyos lados estaba formado por un grueso pero muy transparente cristal. El resto del aparato era de galalit. De él partían dos cordones forrados de caucho. Uno de ellos era para conectarlo a la corriente eléctrica, el otro terminaba en una ancha faja de cuero que Duke aplicó en un momento en torno al pecho de Covarrubias,

cuidando de que su parte central quedara sobre el corazón.

—Podemos empezar, Max.

—Este interrogatorio no tendrá efectos legales —advirtió el policía.

—No me importa... No es a la Policía a quien deseo convencer, sino a mí mismo. Señor Covarrubias, ¿reconoció usted a alguna de las personas que aguardaban delante de usted antes de entrar en el pabellón?

—No —contestó Covarrubias.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Perfectamente. Diga me ahora a qué fue al pabellón.

—Quería ver los brillantes.

—¿Sólo eso?

La mirada de Duke Straley se hallaba fija en la superficie cristalina del aparato, que dejaba ver un cilindro de papel sobre el cual una aguja iba trazando una línea roja. Hasta entonces la línea había sido recta, pero en este punto oscilaba con bastante intensidad, trazando una serie de ángulos agudos.

—Dígame la verdad, señor Covarrubias —pidió Duke.

El sudamericano vaciló unos segundos y por fin declaró:

—Pensaba apoderarme de los brillantes. Esa es la verdad.

—Lo es —asintió Duke, viendo que la línea trazada volvía a ser recta—. ¿Cómo pensaba recuperar sus brillantes?

—Llevaba mis pistolas. Hubiera amenazado a los guardas... Pero no creí que hubiera tantos.

—¿Quiere decir que desistió de su intenciones al ver la fuerte guardia que protegía las piedras?

Covarrubias asintió con la cabeza.

Duke comprobó que la verdad seguía fluyendo de los labios del interrogado.

—¿Qué pensó al ver que estallaba las granadas?

—Me desconcerté.

La línea marcada sobre el papel continuaba siendo recta.

—¿Y cuando en la oscuridad le cogí de la americana?

—¿Cómo?

No había sobresalto en Covarrubias.

—¿No tropezó conmigo en la oscuridad?

—Tropecé con alguien; pero no sabía que fuese usted.

—¿Antes a después de oírse el grito de muerte?

—Unos segundos antes.

—¿Cree que entonces le metieron brillante en el bolsillo?

La aguja acusó un violento sobresalto.

—Es posible. ¿Cree usted...?

—Lo sospecho. ¿Qué hizo la persona con quien usted tropezó?

—Se agarró un momento a mí y luego me soltó.

—¿Quiere decir que le cogió de la chaqueta?

—No. Se apoyó un momento, como si perdiera el equilibrio.

Luego se marchó.

—Bien. Muy bien. ¿Qué hizo usted entonces?

—Me acerqué a una pared y estuve quieto. Desde allí oí un grito que me pareció de agonía y luego, las voces del señor Mehl y de usted.

Duke levantó la clavija que cortaba la corriente y procedió a librar a Covarrubias del cinturón de cuero.

—Es una suerte que el señor Mehl no tenga fe en este aparato — declaró—. De lo contrario le pondría en libertad ahora mismo, con lo cual correría usted un grave riesgo. Max, puede llevarse al señor Covarrubias; pero, si quiere conservarlo vivo, vigile mucho. Por fortuna, aunque usted lo ignoraba, esta escena ha sido captada por tres máquinas cinematográficas y la conversación ha sido recogida en tres bandas sonoras. Aunque consiguieran matar al señor Covarrubias, tendríamos su valiosa declaración.

—¿En qué sentido la consideras valiosa? —preguntó el jefe de Policía.

—En el sentido de que nos descubre algo muy importante. ¿Está el pabellón del Hospital Bellegarde tal como se encontraba al cometerse el crimen?

—Sí. Nadie ha entrado allí.

—Muy bien. Vamos a reproducir la escena del crimen. Es muy importante para lo que va a suceder luego.

—¿Es que sabes ya algo?

—Sé bastante; pero no todo. Por ejemplo, no sé dónde están los brillantes y el rádiom; pero lo averiguaré, no te quepa duda alguna. Aunque lo importante, como he dicho hace poco a mi hermana y a Bob, no es descubrir el paradero de las piedras y del rádiom, sino al

asesino. De momento quiero probar que el crimen no lo cometió Covarrubias, pues no podía, en modo alguno, preparar la escena ni estar enterado de cómo se encontrarían las cosas al entrar. Tenga, pues, la bondad de reunir frente al pabellón a un número de policías igual al de personas que se hallaban allí. Además, pida que lleven dos granadas fumígenas.

—¿Piensas reproducirla a lo vivo?

—Sí.

—Como quieras.

Max alcanzó el teléfono y dio una serie de órdenes, recomendando al final el mayor secreto.

—¡No! —le interrumpió Duke—. Al contrario. Que no hagan ningún secreto. Quiero que se entere el mayor número posible de personas, aunque sin demostrar que eso nos interesa.

—Estás loco —gruñó Max, indicando a su interlocutor que no se esforzase en conservar el secreto.

Cuando hubo colgado el teléfono, Max preguntó:

—¿Qué hacemos con Covarrubias?

—Si tiene confianza en mí, le diré que puede dejarlo en mi laboratorio.

Max bajó a examinar el blindado laboratorio, se aseguró del grosor de las puertas de acero y de que no se podía entrar ni salir de él como no fuera por el ascensor o el montacargas, y, por último, consintió en que el sudamericano quedase allí, después de hacerle prometer que no intentaría escapar.

Mientras los demás se disponían a salir, Duke guardó unos objetos en un bolsillo y recomendó a Butler que tan pronto como ellos salieran conectaran todos los timbres de alarma y no se moviera de la cocina hasta que oyese tres bocinazos espaciados y dos seguidos. Entonces podría cortar la corriente y dejar el paso libre.

Aunque la ventana frente a la cual Duke estaba hablando se hallaba cerrada y nadie podía escuchar de cerca sus indicaciones, el joven las dio en voz bastante baja. Luego despidióse de Butler y se reunió con sus amigos y su hermana, partiendo hacia la Feria.

Capítulo 6

Un numeroso grupo de agentes se hallaba reunido ante el pabellón del Hospital Bellegarde cuando Duke y sus compañeros llegaron.

—Ante todo debemos disponer las cosas tal como estaban cuando se cometió el crimen.

Duke miró a su alrededor y entre el grupo descubrió al doctor Sewall.

—Doctor, tenga la bondad de ayudarnos —pidió—. Se trata, simplemente, de reconstruir lo ocurrido ayer tarde. ¿Puede ayudarnos?

—Con mucho gusto —declaró el doctor, que parecía aún muy afectado—. ¿Qué debo hacer?

—Lo más importante —indicó Duke—, es disponerlo todo tal como estaba ayer. Ya sé que los brillantes ni el rádiom no podrán estar en su sitio, puesto que han desaparecido; pero como de momento no es el rádiom por sí solo lo que nos interesa, sino probar la inocencia de un hombre, sustituiremos los brillantes por veinticinco guijarros... No; no es necesario que sean tantos. Con uno solo nos basta. Usted, doctor Sewall, tenga la bondad de encender las luces que estuvieran encendidas, de poner en marcha los aparatos que funcionaban. ¿Estaban conectados con la corriente los supermicroscopios?

—No... no estaban. Como funcionaba el horno, hubiéramos necesitado más fuerza de la que disponíamos.

—Entonces encienda el horno y haga todo lo demás. ¿Cuánto rato estuvo encendido el horno?

—Desde que abrimos; unos veinte minutos o media hora.

—Perfectamente. Que un agente acompañe al doctor Sewall y le ayude en lo necesario. Mientras tanto, con su permiso, Max, daré unas cuantas órdenes.

—Haga lo que le parezca.

—Seis de ustedes —siguió Duke—, serán los guardas que vigilaban los brillantes. Como ellos no pudieron hacer nada por impedir el robo, ustedes tampoco lo harán. ¿Cuántas personas se encontraban dentro del pabellón cuando se cometió el robo y el crimen? Me refiero a personas o visitantes.

—Sin contar a Covarrubias, había treinta y cinco visitantes. Tampoco nos cuento a nosotros.

—Que entren treinta y cinco policías y que se reúnan junto a la puerta y no hagan nada, puesto que nada hicieron esas personas. Y si lo hicieron lo ignoramos.

Treinta y cinco policías entraron en el pabellón, detrás de los seis anteriores, al mismo tiempo que salían Sewall y el agente que le acompañara.

—¿Está encendido el horno? —preguntó Duke.

—Sí —contestó Sewall.

—Sí, yo mismo lo he comprobado —agregó el agente.

—Ahora necesito dos policías para que representen, respectivamente, los papeles de Petersen y Covarrubias —siguió Duke—. Elíjalos usted, Max; hágalos entrar, que se mezclen entre los demás, pero que el que deba representar el papel de Petersen, o sea de la víctima, lleve un pañuelo blanco, muy colgando del bolsillo superior de la chaqueta. Yo se lo arrebataré y con un lápiz de labios le marcaré en la frente una cruz. Será la indicación de que, a pesar del humo y de no conocerlo, he podido encontrarlo, guiándome por el detalle del pañuelo. El supuesto Covarrubias llevará un pañuelo al cuello, sin atar, para que no me resulte difícil quitárselo. Esos dos hombres se mezclarán con los demás mientras yo esté de espaldas, para que no se pueda decir que de antemano sabía dónde se encontraban. Luego se lanzarán las dos granadas de humo y veré de reconstruir la escena.

—¿Quieres decir que con el pabellón lleno de humo serás capaz de encontrar a esos dos hombres? —preguntó Max.

—Eso espero, si mis cálculos no fallan. Parece que, poco más o menos, ya ha pasado el tiempo necesario para que todo esté igual en el pabellón, ¿eh, doctor Sewall?

El médico encogióse levemente de hombros.

—Ha pasado el tiempo; pero no puedo asegurar que todo esté

igual.

—Para mi experimento, sí —dijo Duke—. Entremos.

Una vez dentro del pabellón, después de haber pasado por entre el grupo de policías, Duke ordenó:

—Ahora se lanzarán las dos granadas fumíferas. En el momento en que vayan a estallar, que alguien cierre la puerta. ¿Entendido?

Obedeciendo a una indicación de Max Mehl, uno de los policías colocóse junto a la palanca que permitía cerrar o abrir la puerta blindada.

Mientras Duke permanecía vuelto de espaldas, Max soltó la palanca de las dos granadas y las tiró al suelo, donde permanecieron unos cinco segundos, emitiendo un continuo y creciente silbido hasta que, con sorda detonación, reventaron en densas nubes de blanco humo, que se extendió por todo el local, envolviendo en sus opacos jirones a hombres y aparatos, hasta interrumpir toda posibilidad de visión.

Max y Bob, que estaban junto a Duke, le oyeron apartarse de ellos alejándose con paso rápido y seguro, como si pudiera ver a través de aquella impenetrable niebla. Pasaron unos dos minutos y nuevamente volvieron a oír sus pasos y su voz sonó junto a ellos.

—Ya he terminado, Max —dijo Duke—. Puede ordenar que abran la puerta y que dejen salir el humo. No; no abra así los ojos. Le estoy viendo aunque usted no lo crea. Le veo infinitamente mejor que si estuviéramos a pleno sol. Ahora ya no le veo. Mi facultad de visión ha terminado.

A una orden de Max fue levantada la puerta y todos salieron del penumbroso interior del pabellón.

En cuanto se hallaron fuera, Max corrió hacia los dos hombres que debían representar a Petersen y a Covarrubias. El primero estaba sin pañuelo y con una cruz roja en la frente. El otro estaba también sin pañuelo.

—Los tengo yo —anunció Duke, agitando ambos pañuelos—; pero si se molesta en registrar el bolsillo derecho de nuestro supuesto Covarrubias encontrará algo más.

El policía y su jefe se miraron y, por fin, el primero hundió la mano en el bolsillo indicado por Duke y extrajo el guijarro que debía representar uno de los brillantes.

—¿Cómo lo has conseguido, Duke? —preguntó Mehl.

—De la misma forma que lo consiguió el asesino; viendo con toda claridad donde todos se encontraban en tinieblas. No me negará, Max, que para conseguir lo que he logrado se necesita tener mucha vista.

—Pero si no se veía ni a un centímetro de los ojos.

—Usted olvida las fotografías nocturnas que actualmente se consiguen. Fotografías muy claras...

—¿Rayos infrarrojos? —preguntó el jefe de Policía.

—Exacto. Pero con una diferencia que si alguien hubiera intentado tomar una fotografía así en el pabellón, le hubiera quedado completamente velada.

—¿Por qué? —preguntó Sewall, que se había acercado al grupo.

—Por el simple motivo de que el pabellón se encontraba tan inundado de rayos infrarrojos que las fotografías hubieran quedado veladas. Hubiera sido como fotografías con la cámara enfocada al sol.

—¿Y de dónde procedía esa acumulación de rayos infrarrojos? —siguió preguntando Sewall.

—Del horno eléctrico. Un horno de una potencia tan grande como el mío genera una cantidad fabulosa de rayos infrarrojos. Un simple dispositivo óptico, semejante al que se utiliza en una cámara fotográfica, permite traspasar las tinieblas aparentes y ver a través del humo como si el pabellón se encontrara iluminado por miles de potentes lámparas y libre de toda niebla.

—¡Cierto! —exclamó, Sewall—. No estoy muy práctico en esa clase de experimentos; pero sé lo bastante para reconocer que el señor Straley tiene razón.

—Bien; pero eso no demuestra nada —gruñó Max.

—¿No? —sonrió Duke—. Creo que demuestra la inocencia de Covarrubias, que no podía estar enterado de la presencia del horno, ni de que se hallara funcionando, ni podía haberse provisto de los lentes especiales...

—¿Y los brillantes? —preguntó Max.

—¿Y el rádiom? —inquirió, al mismo tiempo Sewall.

—Ya he dicho que esos son detalles de poca importancia.

—¿Considera de poca importancia el detalle de dos millones de rádiom? —preguntó, escandalizado, Sewall.

—En comparación con la vida de un hombre lo considero

indigno de toda mención.

—Tiene usted razón —admitió Sewall—. Pero ese rádium podía salvar muchas vidas. Su desaparición es otro crimen.

—Desde luego; pero lo importante, ahora, es demostrar la inocencia de Covarrubias. Luego buscaremos el rádium y por último los brillantes.

—Tú dijiste que podrías encontrarlo —dijo Max.

—Es verdad —sonrió Duke—. Y lo encontraré. Ante todo necesitaré ciertos informes del doctor Sewall.

—Los que usted quiera —declaró el médico—. Soy, quizá, el más interesado en la pronta recuperación de ese rádium.

—¿Fue adquirido a alguna empresa particular?

—Sí. La Sociedad Sloane nos comunicó poseer unas cantidades de rádium valoradas en unos cinco millones. Había recibido oferta de varios hospitales europeos y antes de cerrar el trato con ellos deseaba convencerse de que ningún hospital del país necesitaba el rádium. Recibimos la carta y en un consejo directivo decidimos hacer un esfuerzo y adquirir en dos millones ciento cuarenta y tres mil dólares una parte de ese rádium.

—¿Se dedica corrientemente la Sociedad Sloane a surtir de rádium a los hospitales? —preguntó Duke.

—No es su negocio básico —replicó Sewall—. Por lo menos hasta ahora nunca supimos que esa empresa se interesara por negocios semejantes, para los cuales no estaba especializada.

—Y siendo así, ¿cómo tuvieron confianza en ella?

—El rádium no debía ser pagado hasta tenerlo en nuestro poder y haberlo examinado.

—¿No hubo engaño?

—Ninguno. Yo mismo lo examiné y comprobé.

—¿Usted solo?

—Una transacción semejante no se hace nunca por mediación de un doctor solo. Todo el consejo directivo del hospital Bellegarde se encontraba presente cuando se comprobó la legitimidad del rádium. Incluso se celebraron antes algunos experimentos de aplicación anticancerosa.

—¿Y del hospital fue traído el rádium aquí?

—Sí, señor. Se tomaron toda clase de precauciones. Iba protegido por un estuche blindado y por otros varios de plomo.

—¿No temieron que pudiese ser sustraído?

—¿Quién podía intentar su robo? No es fácil disponer de una cantidad de rádiu, ni venderla ni obtener un préstamo sobre ella. Ningún hospital compraría ese rádiu. Sería como si se fuera ofreciendo un cuadro de Velázquez que todo el mundo sabe que pertenece al museo del Prado. ¿Qué otro museo pagará una fortuna por él sabiendo que ha sido robado y que legalmente pertenece a aquel museo?

—Pero la agencia de seguros tiene que pagarles a ustedes dos millones de dólares, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y esta empresa, pagaría gustosa medio millón por el rádiu robado si con ello podía ahorrarse un millón y medio.

—¿Cree que el rádiu le será ofrecido a la compañía aseguradora?

—Es uno de los procedimientos que utilizan los ladrones de joyas muy valiosas. Saben que no les será fácil desprenderse de ellas y colocan a la compañía de seguros ante el dilema de comprar unos géneros robados por la cuarta o quinta parte de su valor o tenerlo que pagar entero. Muchas veces las compañías de seguros ceden, especialmente cuando se trata de millones.

—En cualquier caso, nuestro deseo es recuperar el rádiu —declaró Sewall.

—¿Y si la sociedad, en efecto, les paga el seguro?

—Compraremos más rádiu.

—¿A la Sociedad Sloane?

—Es la única que actualmente tiene existencias de rádiu.

—Debe existir una gran amistad entre el Hospital Bellegarde y la Sociedad Sloane —comentó Duke.

Sewall le miró extrañado.

—No; no existe ninguna amistad excepcional —dijo—. ¿Por qué lo ha creído así?

—Por los brillantes. La Sociedad Sloane les confió una verdadera fortuna. Una cosa así sólo se hace con quienes se tiene mucha amistad o confianza.

—La Sociedad Sloane nos permitió la exhibición de sus brillantes con el fin de facilitarnos la reunión de fondos para cubrir, en parte, el enorme desembolso realizado. Éramos clientes suyos, le habíamos

pagado al contado, más rápidamente de lo hubiera hecho cualquier otro hospital. Nos tenía cierta consideración. Al fin y al cabo usted no tuvo inconveniente en prestarnos su horno eléctrico, a pesar de que vale una fortuna...

—Y me arrepiento mucho de haberlo hecho —comentó Duke—, pues debido a mi préstamo he contribuido, involuntariamente, a que se cometiera un crimen. ¿Puede decirme quiénes estaban enterados de que el horno se exhibiría?

—¿Quiénes? —Sewall miró a Duke como si no comprendiera sus palabras—. No sé. Desde luego, todo el consejo directivo del Hospital. También lo sabían los demás expositores.

—Por ejemplo, los directivos de la Sociedad Sloane, ¿no?

—Desde luego.

—Bien. No le entretengo más, doctor.

Duke, volviéndose hacia Max Mehl, preguntó:

—¿Resultaría muy imposible que me devolvieran mi horno? Creo que ya se ha demostrado cumplidamente la utilidad que tuvo en el robo y en el asesinato; y como supongo que el pabellón quedará cerrado para el público, nada útil hace aquí.

—No sé —gruñó Max—. No me atrevo a devolverte ese horno.

—Creo que para el bien de todos es muy importante que me lo devuelvan —insistió Duke, mirando fijamente a Max—. Quiero hacer un experimento que tal vez nos conduzca a la solución total del misterio.

—¿Un experimento? ¿Cuál?

—Sería una locura decírselo ante tantas personas, Max. Tenga la bondad de hacer que esta tarde, a las cinco, el horno sea llevado a mi casa.

—Pero es una prueba del delito... —empezó Max.

—El doctor Sewall podrá declarar que el horno emitía ondas luminosas infrarrojas —replicó Duke.

—Necesitaré comprobarlo —sonrió levemente Sewall.

—No hay nada tan fácil —replicó Duke—. Póngase estos lentes y entre en el pabellón. Creo que aún queda bastante humo y, además, el horno sigue funcionando.

Mientras hablaba, Duke tendía al médico unos lentes semejantes a dos cajitas de píldoras unidas por un puentecito metálico y sujetas a la cabeza por una cinta de goma. Constaban los lentes de dos

cristales superpuestos sujetos a una montura metálica. Entre ambos cristales estaba el secreto que permitía la visión de los rayos infrarrojos.

Sewall se los ajustó cuidadosamente y por fin entró en el pabellón, regresando al cabo de cinco minutos.

—¡Admirable! —exclamó—. Nunca hubiera creído que un horno eléctrico emitiera una tal cantidad de rayos infrarrojos.

—¿Podrá declarar ante el jurado que con esos lentes y con el horno en pleno funcionamiento era posible ver con toda claridad a pesar del humo? —preguntó Mehl.

—Desde luego. Lo declararé cuando usted quiera.

—Muchas gracias, doctor —Max volvióse hacia Duke y prometió—: Esta tarde tendrás el horno.

—Pues entonces mi trabajo aquí ha terminado —declaró Duke—. Vamos a comer. Adiós, Max. ¿Vamos, Betty? ¿Vienes, Bob?

—Y yo también te acompaño —gruñó Max Mehl—. Te olvidas, por lo visto, de que en tu laboratorio tienes a mi prisionero.

—¡Qué terrible descuido! —rió Duke mientras subía al auto.

Cuando Max Mehl iba a seguirle, Sewall acercóse a él y le pidió:

—¿Puedo devolver los microscopios? Puesto que tenemos que retirar todo esto, me interesa devolver los aparatos prestados.

Max vaciló un momento. Fue Duke quien respondió a Sewall:

—Considero prematura esa devolución —dijo—. Tenga en cuenta, doctor, que dentro de alguno de esos aparatos puede hallarse el rádiom y los brillantes.

—¿Dentro de un ultramicroscopio? —preguntó, incrédulamente, el doctor.

—No olvide que el asesino tuvo tiempo suficiente para esconder los brillantes y el rádiom mientras nosotros andábamos a ciegas por el pabellón.

—Es verdad —Sewall pareció meditar unos segundos. Por fin pidió—: En ese caso les ruego la mayor reserva en lo del traslado del horno eléctrico. Esa preferencia por el señor Straley podría disgustar a los demás prestatarios de aparatos.

—No tema —aseguró Duke—. Se hará con la mayor reserva. Vamos, Max, nuestra comida se debe ya estar enfriando.

El jefe de policía subió al vehículo, que arrancó en seguida en dirección a la salida de la Feria.

Capítulo 7

Cuando el auto hubo abandonado la Feria Internacional, Duke se inclinó hacia el chófer y le ordenó:

—A mi casa. A toda velocidad.

—¿No íbamos a comer? —preguntó Max.

—¿Se olvida del amigo Covarrubias? —replicó Duke.

—No, no lo olvido; pero está seguro. Además de las puertas que lo encierran tengo a cuatro de mis hombres rodeando la casa. Por lo tanto, si...

—En aquel momento el aparato receptor y transmisor de radio del coche empezó a llamar.

—¡Atención, atención, atención! ¡Todos los coches! ¡Atención todos los autos patrulla! ¡Dirigirse a Edgecombe quinientos uno, High Bridge, cuatro policías muertos...!

Todos los que iban en el coche se miraron horrorizados.

—Es tu casa, Duke —tartamudeó Max.

—¡Dé toda la velocidad! —ordenó Duke al chofer. Lugo, volviéndose hacia Max, continuó—: De orden por radio de que nadie entre en la casa. Es muy importante.

—Pero... yo no puedo...

—¡Hágalo antes de que sea tarde!

Max Mehl pasó al asiento delantero, cogió el pequeño micrófono y comenzó a llamar:

—¡Estación, emisora N.Y.P.! ¡Atención! ¡Estación N.Y.P.! Llama J.P. Al habla J.P. Atención.

—Díganos, J.P. Díganos, J.P. Escuchamos, J.P —respondió una voz por el aparato de radio.

—Diga que nos dirigimos hacia allí y que nadie entre —dictó Duke.

—Óigame, N.Y.P. Contesta J.P. Avise autos patrulla que nadie

entre en casa de Edgecombe quinientos uno. Muy importante. Me dirijo hacia allí. Que nadie entre. ¿Entendido?

—Sí, J.P. Entendido.

Un momento después la radio ordenaba la suspensión de todas las pesquisas en el interior de la casa. La monótona voz del locutor de la emisora de la Policía de Nueva York sonaba continuamente dando la orden y el aviso.

Duke, golpeando nerviosamente el suelo con el pie, impaciente por llegar a su casa. El auto se deslizaba por entre el tráfico de Broadway, que se apartaba a ambos lados, prevenido por el largo lamento de la sirena policiaca.

Por fin, después de una eternidad, el coche llegó a la calle donde estaba la nueva casa de Duke, frente al parque de High Bridge. La calle se encontraba casi embotellada por los autos patrulla y por los policías que habían acudido de todos los extremos de la ciudad. Había motociclistas, policías a caballo y hasta ciclistas, además de los ocupantes de los autos patrulla.

En cuanto Max Mehl saltó al suelo acudieron a su encuentro varios agentes.

—¿Quiere ver los cadáveres...? —preguntó un oficial.

—Entremos antes en casa —dijo Duke, arrastrando tras él a Max. Butler salió a su encuentro.

—¡Oh, señor! —exclamó—. Ha sido algo terrible...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Duke.

—Oí sonar la bocina tal como usted me indicó, corté la corriente, fui a abrir la puerta y entraron tres enmascarados... Se echaron encima de mí, y creo que me durmieron con cloroformo o con algo por el estilo.

—Bien, luego hablaremos. Bajemos al laboratorio.

Duke se dirigió al ascensor que comunicaba con los sótanos y descendió junto con Max, Bob y Betty. Cuando llegaron ante la puerta de salida del ascensor Duke movió los discos de la combinación que la abría. Sus esfuerzos resultaron vanos, y después de varias pruebas pulsó un botón para subir hasta la planta baja. Siempre seguido por sus compañeros dirigióse al otro extremo de la casa, hasta llegar al montacargas que conducía también al sótano. Pulsó el botón marcado con la palabra: «Laboratorio» y se inició el lento descenso.

Una exclamación de infinito asombro brotó de todos los labios cuando la jaula del montacargas se detuvo frente a la puerta de acero del laboratorio. El asombro no era inmotivado, pues aparecía rota como si se tratase de un cristal de ventana a través del cual hubiera pasado una pelota. Las recias paredes de acero estaban astilladas, como si en vez de tratarse de un metal que debía resistir los efectos de los más potentes explosivos fueran de frágil vidrio.

—¿Cómo ha podido ocurrir eso? —preguntó Max, contemplando con desorbitados ojos el boquete.

—Con oxígeno líquido —gruñó Duke, pegando un puntapié a una de las metálicas aristas, que se quebró como si fuera de hielo.

—¿Qué dices? —preguntó Max.

Duke no contestó. Había entrado en el laboratorio, que aparecía en el más completo desorden, como si en él se hubiera reñido una feroz batalla. El suelo estaba sembrado de fragmentos de cristal, restos de frascos, ampollas, tubos. Toda clase de productos químicos se mezclaban con los cristales y con los aparatos más fuertes derribados en la lucha. De Covarrubias no se veía el menor rastro.

—Lo han secuestrado —declaró Duke, adivinando la pregunta que iban a formular Max y sus compañeros.

—Pero ¿cómo han podido hacerlo? Es incomprensible.

—No tiene nada de incomprensible.

—Pero esa puerta tenía medio metro o más de espesor, y la han roto como si fuera de papel.

—Como si fuese de hielo —rectificó Duke. Es un procedimiento muy sencillo.

—Entonces... Ningún Banco está seguro si el acero se puede quebrar así.

—Desde luego. Nadie está seguro.

—¿Cómo se explica esto, Duke? —preguntó Betty—. ¿Es que no contaste con ello al construir el laboratorio?

—Nunca imaginé que se hiciera un empleo tan audaz del oxígeno líquido.

—¿Quieres explicarme comprensiblemente cómo han podido romper esa puerta? —pidió Max.

—Sí, es muy fácil. Entraron en la casa engañando a mi mayordomo y luego descendieron en el montacargas, que les ofrecía más ancho espacio para su trabajo. Además, el montacargas es de

techo abierto y no necesitaban más que bajar aquí con él, después de haber dejado bien sujeta arriba una escala de cuerda. Traerían los bidones de aire líquido, y dejándolos en el montacargas, apuntando hacia la puerta, regresarían arriba por medio de la escalera o de la cuerda, a por el cable del montacargas, y desde allí los destaparían, proyectando el chorro de aire líquido contra la puerta. Cuando el trabajo hubo terminado y los bidones se hallaron vacíos, descendieron de nuevo y uno de ellos aplicaría sobre la puerta una carga de nitroglicerina. Como el acero, al contacto con el aire líquido, se había convertido en algo sumamente frágil, cuya única resistencia se hallaba en su grosor, pero no en su fuerza, la carga de nitroglicerina fue suficiente para abrir un boquete lo bastante grande para entrar en el laboratorio. Con ciento cincuenta a dos cientos gramos de nitroglicerina tuvieron suficiente para una operación que, a no ser por el aire líquido, les hubiera obligado a emplear más de cien kilos.

—¿Y por qué han hecho todo eso?

—En primer lugar para demostrarnos su fuerza y luego para raptar a Covarrubias.

—O libertarle de nuestras manos —sugirió Max.

—Eso es lo que a ellos les interesa hacer creer. Pero la realidad es que han raptado a Covarrubias para que no pueda repetir ante nadie su declaración de hace unas horas. Para que no pueda demostrar que todo se planeó para echarle a él las culpas. Y, sobre todo, porque era imprescindible que no se acercara a los brillantes.

—¿Por qué? —preguntó ansiosamente Max.

—No serviría de nada que ya se lo explicara ahora. No me creería. Pero hemos de actuar rápidamente. Sólo tenemos un partido que tomar. Ataquemos antes de que esos misteriosas y potentes enemigos con quienes nos enfrentamos puedan dar su segundo golpe. Ven, Bob. Tengo que darte un encargo.

Duke llevóse a un lado a su amigo y le estuvo hablando en voz baja durante más de cinco minutos. Cuando terminó, Bob Dennison corrió al montacargas y subió en él.

—¡Sólo nos faltaba esto! —gimió Max—. Después del escándalo de ayer, ahora el rapto o la liberación del principal sospechoso...

—No sea tonto, Max —gruñó Duke—. ¿No comprende que ha sido casi un milagro que hayamos podido obligar a esa gente a dar

un paso tan trascendental? ¿No comprende que ellos, por su gusto, no hubieran hecho nada de esto? ¿Cree que tenían interés en matar a sus hombres? No. Tampoco deseaban meterse en mi casa y causar todos estos destrozos. Lo han hecho porque han comprendido que yo estaba ya sobre su pista.

—¿Sabe quiénes son? —inquirió ansiosamente Max.

—Claro que lo sé. Y usted también. Pero no tenemos ninguna prueba contra ellos. No podemos presentarnos en su casa y detenerlos. Es preciso que den unos cuantos pasos más en falso. Entonces tenderemos las redes y cogeremos una pesca maravillosa. Pero hemos de ir con cuidado, pues antes de darse por vencidos lucharán como demonios y... causarán alguna víctima más.

—¿Cómo no has podido abrir la puerta del ascensor? —preguntó en aquel momento Betty.

—Al destruir la del montacargas quedó inutilizada ésta. Existe un dispositivo electroautomático para abrirlas, y al fallar una, falla también la otra. Pero desde dentro se puede abrir.

Duke fue a la puerta del ascensor y abriendo una especie de armario hizo girar unas llaves colocadas en su interior. Un momento después abrióse por sí sola la puerta que daba al pozo del ascensor. Éste descendió un momento después y Betty, Max y Duque subieron a la planta baja a tiempo de ver salir a Bob cargado de cajas.

—¿Dónde va? —preguntó Max.

—No se preocupe, Max —replicó Duke—. Trabaja para usted. Ahora una de las primeras medidas que debemos tomar es la de interrogar a Butler.

El mayordomo acudió a la llamada de su jefe.

—Cuéntenos lo ocurrido, Butler —pidió Duke—. ¿Conectó los timbres de alarma y protección cuando nosotros salimos?

—Sí, señor Straley —replicó el mayordomo—. En cuanto el señor hubo cruzado el jardín conecté los timbres, tal como me indicó.

—¿Qué ocurrió luego?

—Durante más de una hora no sucedió nada. Por fin oí tres bocinazos espaciados, y un momento después dos seguidos. Obedeciendo las indicaciones del señor, desconecté los timbres de alarma y fui a abrir la puerta, creyendo que el señor regresaba. En

cuanto abrí la puerta se precipitaron encima de mí dos hombres enmascarados, mientras un tercero aguardaba a que los otros me sujetaran. Cuando lo consiguieron, se acercó a mí y, por la fuerza, me hizo oler el contenido de un frasco que vació en una esponja aplicada contra mi boca. Perdí el sentido y no recuerdo nada más.

—Bien. Supongo que no es necesario seguirle preguntando, Butler, pues si hubiera reconocido a alguno de los que le atacaron me lo hubiese dicho.

—En efecto, señor. No los reconocí.

—¿Y cuándo despertó?

—Ya no había nadie en la casa. Salí al jardín y en la calle vi a un policía muerto. Entonces llamé a la Policía, y cuando llegaron y se disponían a entrar, alguien dijo que se ordenaba que nadie entrase en la casa.

—Bien. ¿Se fijó si los enmascarados llevaban guantes?

—Sí, señor. Guantes de goma.

—Entonces no es necesario que sus hombres me ensucien la casa buscando huellas dactilares, Max. Nuestros visitantes no las han dejado.

—No comprendo, señor, cómo pudieron enterarse de la indicación que usted me hizo de que al sonar los bocinazos...

—Algún micrófono —gruñó Max.

—No; esta vez no han necesitado micrófonos.

—¿Un espía? —preguntó Betty.

—Sí.

—¿En el jardín? —preguntó Butler—. Cuando el señor me dio las instrucciones estábamos junto a la ventana.

—Pero se las di en voz baja, ¿no recuerda?

—Es verdad, señor. Y la ventana estaba cerrada.

—Entonces, ¿cómo pudieron oírlo? —preguntó Betty—. ¿Un espía en la casa?

—No era necesario que estuviese en la casa —replicó Duke—. Podía hallarse mucho más lejos.

—De estar en el jardín hubiéramos oído las señales de alarma —notó Betty.

—Podía estar a cien, doscientos metros o más de la casa —declaró Duke.

—¿Estás loco? —preguntó Max.

—Quizá ninguno de vosotros ha visto la película de un hombre que a causa de un accidente pierde el oído, aprendiendo a comprender las palabras por el movimiento de los labios de sus interlocutores. Eso le permite, mediante el empleo de unos prismáticos, enterarse de las conversaciones de los que pasean por los jardines fronteros a su domicilio...

—¿Crees que se enteraron de tus palabras por ese sistema?

—Es la única explicación lógica.

En aquel instante oyóse en el exterior un fuerte silbido que terminó con un violento choque. Tras unos momentos de silencio se escucharon numerosos gritos de horror y espanto.

Duke, Betty y Max corrieron hacia la puerta principal. Al abrir vieron ante ellos el más horrible e inesperado espectáculo. Un cuerpo humano, hecho materialmente pedazos, veíase en el sendero que cruzaba el jardín, desde la puerta hasta la calle. A pesar de lo desfigurados que estaban aquellos restos, Max reconoció en seguida el cuerpo de la víctima.

—¡Es Steve O'Neal! —exclamó, inclinándose.

—¡No lo toque o se abrasará! —advirtió Duke.

Demasiado tarde. Max había acercado la mano a uno de aquellos fragmentos y lanzó un grito de dolor. Era como si hubiera tocado una pieza de acero al rojo blanco.

—Está helado —dijo Duke—. Helado por el mismo procedimiento que siguieron para destrozarse la puerta del laboratorio.

Un policía acudió hacia Max. Estaba mil veces más pálido que el destrozado cadáver.

—Cayó del cielo —tartamudeó—. Le vimos bajar como si cayera de las nubes, con los brazos pegados al cuerpo, rígido, como una bomba de avión... sólo que no se veía ningún avión en el aire.

El policía hablaba con voz alterada, jadeando, estremeciéndose aún a causa de lo entrevisto un momento antes.

—Fue espantoso —susurró—. Espantoso...

Betty había huido. Dio la vuelta a la casa y se disponía a entrar por la puerta de la cocina cuando una voz susurró a su oído:

—No haga tonterías, niña. Si grita o hace resistencia... —El duro cañón de una pistola hundiéndose significativamente en sus riñones, mientras la voz continuaba—: Está provista de silenciador y sólo

usted se dará cuenta del disparo.

Betty inclinó la cabeza. El sol proyectaba al lado de su sombra la de un policía uniformado. Pero Betty comprendió que no se trataba de un policía, y sin oponer más resistencia se dejó conducir hasta un potente auto que aguardaba junto a la casa y que se alejó silenciosamente, llevando en su interior a la joven.

Capítulo 8

El médico forense levantó la cabeza y, mirando a Duke, asintió:

—Tenía usted razón. Este cadáver fue congelado por medio de oxígeno líquido. No comprendo cómo ha llegado hasta aquí, pero teniendo en cuenta que al cabo de corto rato de exposición al aire libre y al calor, los efectos de la congelación debían cesar... es indudable que el cuerpo ha caído casi directamente del lugar donde se le conservaba congelado.

—Gracias, doctor. No creo que una mayor investigación le aclare mejor este misterio. La muerte de O'Neal se produjo por electrocución y la congelación se verificó a las pocas horas. Desde entonces permaneció conservado entre hielo seco, después de su congelación por oxígeno líquido.

Duke calló un momento.

—¿Para qué lo habrán tirado aquí? —preguntó luego.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Max.

—Sí. El que nos devuelvan el cadáver tiene algún objeto. No lo han hechos para distraerse, ni para distraernos.

—Para asustarnos, quizá —refunfuñó Max.

—Eso es mucho más probable.

Habíanse alejado ya casi todos los policías, quedando sólo unos siete u ocho. Un furgón retiró los cadáveres de los cuatro agentes asesinados y otro aguardaba para llevarse los restos mortales del pistolero que unas semanas antes muriera en casa de Duke, desapareciendo luego tan misteriosamente como había regresado.

En aquel momento regresó Robert Dennison y, al mismo tiempo que entraba en el jardín, tropezó con un mensajero, que llegaba con un paquetito y una carta.

—Hola... —empezó Robert.

Luego, al ver los restos humanos desparramados por el jardín,

exclamó:

—¿Qué significa esto?

Antes de que Duke le respondiera, el mensajero preguntó:

—¿El señor Straley?

—Yo mismo —replicó Duke—. ¿Qué traes?

—Una carta y un paquete para usted —replicó el muchacho—.

Lo encontramos hace un rato en la puerta de la calle de nuestra sucursal con una nota escrita a máquina diciéndonos que la trajéramos aquí. Incluyeron el precio del servicio y algo más. Si no desea usted recibirlo...

—Dámelo —pidió Duke, arrebatando la carta y el paquetito de manos del mensajero—. Pero no te marches aún.

Volvióse de espaldas a la calle, y rascando el sobre extrajo una hoja de papel escrita a máquina y redactada en las siguientes términos:

«Señor Straley: Tal vez aún no se haya dado usted cuenta de que su hermana ha desaparecido. Está en nuestro poder y no correrá ningún riesgo si usted es prudente y deja que la Policía se arregle por sí sola en la solución del misterio que tiene entre manos. Si se obstina en seguir haciendo tonterías, le devolveremos a su hermana por el mismo conducto y en el mismo estado que O'Neal. Aceptaremos como respuesta el cese de sus actividades en contra de nosotros, y dentro de una semana regresará su hermana, sana y salva. En estos momentos se encuentra bajo los efectos de un fuerte sedante. Cuando despierte se hallará sola, encerrada en una habitación, desde la cual no verá a nadie ni podrá hablar. Eso lo hacemos con el objeto de que no nos resulte peligroso el ponerla luego en libertad, ya que no podrá decir ni dónde ha estado ni a quién ha visto. Por si duda de que la señorita Elizabeth Straley se halla en nuestras manos, le adjuntamos en el paquetito la medalla de Santa

Isabel, que llevaba al cuello al ser raptada por nosotros. No tome esto como una amenaza vana».

—Lee, Bob —dijo Duke, tendiendo a su amigo la hoja de papel y abriendo el paquete, del que sacó una medalla de oro pendiente de una cadenita del mismo metal.

Durante unos segundos estuvo examinando la cadena y la medalla, como buscando en ellas una solución a su problema. Por fin, casi al mismo tiempo en que Robert terminaba de leer la anónima misiva, preguntó:

—¿Hiciste la que te pedí, Bob?

Dennison miró, incrédulamente, a su amigo.

—Pero... ¿Eres capaz de pensar en otras cosas estando Betty...?

—No seas tonto, Bob. Por mucho que tú quieras a Betty, yo soy su hermano y, de otra manera, la quiero tanto como tú. Pero... Vuélvete de espaldas a la calle, no sea que algún sordo nos esté viendo hablar.

—¿Cómo? —preguntó Bob, sin comprender a su amigo.

—No tiene importancia. Betty está en manos de los mismos que se han apoderado de Covarrubias. Se trata de gente peligrosa y están dispuestos a todo, porque andan en juego cinco millones y pico de dólares. Por una suma así son muchas las cosas que unos hombres desaprensivos son capaces de hacer. Debemos tomar, pues, nuestras medidas para triunfar. Necesitan tiempo. ¿Cuánto? Una semana. ¿Por qué una semana? La respuesta casi nos da la solución.

—¿Qué respuesta? —preguntó Mehl.

—Es pronto. Aguarde. Antes de mañana los acontecimientos se habrán precipitado de tal forma que la solución brillará cegadora y, al mismo tiempo, clarísima.

—Mucho tiene que aclararse el misterio —gruñó Max—. Me temo que después de esto mi cargo de jefe de Policía pasara a otras manos.

—No se preocupe, Max. Mañana estará muerto o será el héroe de la jornada.

—A ser posible, prefiero ser un héroe vivo.

—Es lo único que no puedo asegurarle. Pero cuidaremos en lo posible que al terminar este asunto nos hallemos todos disfrutando

de buena salud.

—¿Piensas no hacer caso de la amenaza? —preguntó Max, que había leído rápidamente la nota de los raptos de Betty.

—Al contrario, pienso hacer mucho caso. Pero ante todo entremos en casa. Hemos de trazar un plan de campaña.

Pasaron al despacho de Duke. Duke fumaba serenamente uno de sus perfumados cigarrillos, como si no se hallara en la balanza la vida de su hermana. Max Mehl se esforzaba en dominar sus nervios, sin conseguirlo. Y Bob, ni siquiera se esforzaba en ello. Su aspecto era el de un hombre vencido.

—¿De veras crees que mañana quedará todo resuelto? —preguntó Max.

—Sí —contestó brevemente Duke—. Mañana todo estará resuelto.

—¿El asesinato de Petersen?

—Sí.

—¿El robo de los brillantes y del rádiom?

—Sí.

—¿Sabes cómo fueron sacados del pabellón?

—Lo sé.

—¿No dijiste que aún estaban allí?

—Cuando lo dije estaban en el pabellón. Ahora se encuentran ya fuera.

—¿Dónde se hallaban?

—Aunque no debiera decírselo, pues con ello le causaré un nuevo disgusto, le diré que los brillantes y el rádiom estaban en el horno eléctrico que hace una hora salió del pabellón...

—Entonces los tendremos dentro de un momento... —empezó, alegremente, Max.

Duke le interrumpió con un movimiento negativo de cabeza.

—No. Porque a estas horas el camión que traía el horno habrá sido detenido por los autores del robo de los brillantes y del rádiom, y lo habrán conducido a su guarida.

—¡Eh! —Max se había puesto en pie—. ¿Otro asalto escandaloso? ¿Cómo me pondrán mañana los periódicos!

—Mañana, Max, será usted el héroe de la jornada. No se apure.

—Pero... ¿cómo has dejado que se apoderen de lo que necesitábamos...?

—¿Para qué necesitábamos el rádium y los brillantes? —sonrió, duramente, Duke—. Lo importante son los culpables. A ellos es a quienes quiero cazar, y a pesar de que tengo infinidad de sospechas, hasta ahora no poseo ni una sola prueba. Se quiénes son; pero no lo puedo demostrar. El horno, en cambio, lo demostrará.

—¿Cómo? ¿Con el cuerpo del delito?

—Algo así.

—Pero si nos hubieras dicho de quién sospechabas, habríamos podido establecer un servicio de vigilancia...

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? Pues habríamos averiguado lo que necesitábamos.

—No sea ingenuo, Max. No habríamos descubierto nada, absolutamente nada. Si ellos tienen los brillantes y el rádium, demostraremos que son los culpables; pero sin eso... ¡Bueno, es inútil! Acompáñeme, Max, y deje que yo le guíe. Estamos metidos en un misterio muy complicado, en uno de esos crímenes casi perfectos; pero que una vez resueltos son de una sencillez enorme. Usted mismo se asombrará de no haberlo comprendido todo antes. La clave del misterio del crimen y del robo está en el horno.

—¿Escondida en él?

—Sí. Pero hay algo más; algo mucho más importante, más lógico.

—Por favor, Duke: habla claro, o déjate de vaguedades.

—Hablaré a su debido tiempo. Ahora pongámonos en campaña. Lo que se necesita aclarar es la inocencia de Covarrubias, ya casi demostrada, mas puesta en duda ahora por su rapto, que puede interpretarse como un rescate. Ya sabemos cómo se cometieron el robo y el crimen. Y ya se quién cometió ambas cosas. Después de aquello tenemos el asalto a mi casa. Se quiénes lo cometieron, porque sé quién no lo cometió. ¿Comprende, Max?

—No, no comprendo.

—Es muy sencillo. Si usted sospecha de tres personas y sabe que uno de los crímenes no pudo ser cometido por una de esas tres personas, lógicamente sospechará de las otras dos, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Nada más. Se trata de una serie de preguntas que me he ido haciendo y a las cuales me he sabido contestar.

—¿Qué preguntas?

—Más tarde las conocerá, Max. Pasemos ahora al siguiente delito: El lanzamiento del cadáver de Steve O'Neal contra mi jardín. ¿Por qué lo lanzaron? La respuesta sólo puede ser una: Para crear una confusión aquí. Para aprovechar esa confusión y raptar a mi hermana, creyendo, con ello, que me atarían las manos y me impedirían actuar contra los culpables.

—¿Y el rapto de Covarrubias? —preguntó Bob.

—Eso lo han hecho con el exclusivo objeto de que en el juicio no pueda demostrar que él no sabía en modo alguno lo que se iba a exhibir en el pabellón del Hospital Bellegarde. Por lo tanto, no sabiendo eso, no podía preparar el robo y el asesinato.

—¿Quiénes sabían lo de que el horno se exhibiría allí?

—En primer lugar lo sabía yo, luego también lo sabía Sewall, los Sloane, la German Microscope Company, prestadora de los dos ultramicroscopios y alguien más. Teniendo en cuenta que el Consejo Directivo del Hospital Bellegarde es bastante numeroso, y que lo mismo se puede decir de las otras empresas, tendremos que casi un centenar de personas estaban enteradas de la disposición interior del pabellón. Además, lo sabían unos veinte o treinta obreros, los guardas, y entre ellos Petersen. ¿Por qué no ha sospechado de una posible complicidad de Petersen con su asesino?

—¿Precisamente con su asesino?

—Precisamente. Recuerde que por cinco millones de dólares vale la pena de hacer callar para siempre a un cómplice.

—No me gusta que las sospechas recaigan sobre Petersen. Era honrado.

—Hasta que el jurado dicte sentencia condenatoria, al acusado se le considera inocente. Usted, Max, cree en la honradez de Petersen porque nunca se ha enterado de que no fuese un buen hombre; pero...

—No me gusta sospechar de él —gruñó Max.

—Entonces buscaremos otro asesino. Para empezar, Bob, tú irás a la Librería Boswell, especializada en obras técnicas, y preguntarás al señor Boswell, de mi parte, a quiénes ha vendido últimamente libros sobre los usos del oxígeno líquido. Dile que es muy importante y que guardaremos en secreto cuanto nos diga. Usted y yo, Max, iremos, entretanto, a preguntar algo a la Compañía de

Seguros. Cuando oiga la respuesta que nos darán y la confrontemos con la de Bob, tendremos unas cuantas pruebas más. Entonces será el momento de atacar la guarida donde tienen a Betty y a Covarrubias.

—¿Hará falta reunir fuerzas? —preguntó Max.

—Nada me gustaría tanto como poder atacarles siendo nosotros cien y ellos tres o cuatro; pero no debemos olvidar que tenemos enfrente a unos hombres que, entre otras cosas, saben manejar el aire líquido, uno de los productos más peligrosos que existen. Además, son capaces de enviarnos, desde el éter, un cadáver petrificado. Con gente así se pueden correr riesgos innecesarios. Para vencerles debemos atacar antes de que se enteren de nuestras intenciones. Si llegamos acompañados del gemir de sirenas y anuncios por radio, no encontraremos nada.

—Entonces... —murmuró Bob.

—Ve a la librería. Nosotros iremos a la Compañía de Seguros. Dentro de una hora nos reuniremos en la Estación Grand Central.

Los tres amigos salieron de la casa y descendieron hacia el centro de Nueva York, separándose frente a la Estación Grand Central. Dejaron allí el auto de Duke y marcharon a sus respectivos puntos de destino.

Duke y Max se detuvieron un momento en la cabina telefónica de la Policía y Max Mehl llamó a su despacho. Cuando salió parecía profundamente abatido.

—Es verdad —dijo—. El camión que conducía el horno eléctrico ha sido detenido por unos enmascarados armados con pistolas ametralladoras. Hicieron bajar al conductor y a su acompañante y se marcharon con el camión.

—Es una buena noticia —sonrió duramente Duke—. Temí que hubieran asesinado a esos dos infelices.

Un momento después entraban en la Compañía de Seguros y tras brevísima espera fueron introducidos en el despacho de Austin Briggs, el presidente.

—¿Qué desean? —dijo el hombre.

—Venimos a hacerle una sola pregunta relacionada con el robo de los brillantes Sloane y del rádiom del Hospital Bellegarde. Supongo que sabe a qué me refiero.

—Demasiado —gimió el presidente—. Fue un mal momento

aquel en que acepté asegurar eso. Nunca creí que se pudiera cometer un robo tan audaz.

—Lo que nos interesa es, simplemente saber cuándo pagará esta Compañía esos dos seguros.

—He procurado ganar tiempo con la esperanza de que se pudiera recuperar alguna de esas cosas; pero si no ocurre algo inesperado, dentro de seis días tendremos que pagar cinco millones.

—¿No podrán retrasar más el pago?

—No.

—O sea, que dentro de siete días los seguros estarán pagados, ¿eh? —preguntó Duke.

—Desde luego.

—Nada más. Eso es todo —Duke se puso en pie—. No le molestaremos más. Buenas tardes.

—¿Saben algo que pueda darme alguna esperanza? —preguntó el presidente.

—Quizá —sonrió Duke—. Pero de momento es preferible que no alimente demasiadas ilusiones. Mañana por la mañana lea los periódicos. Quizá en ellos encuentre la respuesta a su problema.

Cuando abandonaron el edificio, Duke y Max regresaron lentamente hacia la Estación Grand Central.

El señor Boswell escuchó atentamente a Robert Dennison.

—Bien... —murmuró—. Si no fuera usted amigo del señor Straley y no se tratara de un asunto que a él le interesa mucho, no contestaría a su pregunta. Es muy importante que el cliente sepa que el comercio donde hace sus compras es discreto. Sin embargo, yo digo que su caso es especial. Pasemos a un despacho.

Bob, con el alma angustiada y el pensamiento fijo en Betty, siguió a Boswell a través de la gran sala donde se exhibían las últimas novedades editoriales. Llegaron a un despacho situado al final, cruzaron una puerta de cristales, y, mientras Dennison se sentaba en una silla, el señor Boswell abrió un archivador, y después de buscar un momento sacó una ficha.

—¿Dice usted que se trata de obras acerca del oxígeno líquido? —preguntó.

—Sí, señor.

—Perfectamente. No hay mucha cosa. Existen unas veinte obras, entre tratados, folletos y conferencias impresas. En los últimos seis

años adquirí veintiuna obras de esa clase. En una librería como ésta, conviene tener de todo, aunque a veces algunos libros tardamos ocho a diez años en venderlos. En este caso hace un año repasé las existencias, pues uno tras otro se vendieron todos los volúmenes que se referían al aire líquido. Durante los once meses que siguieron no se vendió nada referente a oxígeno líquido; pero hace justamente un mes percibimos, según veo aquí, un pedido muy notable. Un cliente adquirió de una vez todos los libros que trataban sobre aire líquido.

—¿Puede decirme quién es?

—Se trata de un cliente importante, pues vea que se ha anotado el número de su ficha.

—¿No sabe el nombre?

—Si, aguarde un momento.

Boswell abrió otro cajón y eligió una ficha que tendió a Bob.

—Ese es el cliente que adquirió las obras.

—¡Imposible! —exclamó Dennison.

Robert Dennison estaba abrumado por su descubrimiento.

—Guarde bien esa ficha, señor Boswell —aconsejó—. Puede ser muy importante.

—Procuren que no sea necesario que mi nombre suene para nada —rogó el librero—. Me perjudicarían.

—Quizá no sea necesario citarle, señor Boswell... Perdone... tengo mucha prisa...

Y sin añadir nada más, Bob abandonó el despacho, y después de cruzar la librería salió a la calle y dirigióse corriendo a la estación Grand Central.

Capítulo 9

Betty salió lentamente del sopor en que había estado sumida desde no sabía cuándo. En cuanto entró en el auto hacia el cual la condujo su raptor, le fue aplicada contra la boca y la nariz una esponja empapada en un fuerte anestésico. En aquel punto había perdido la noción de las cosas, y ahora, al recuperarla, tardó bastantes minutos en coordinar sus ideas. De pronto, una voz conocida la saludó:

—Buenas noches, señorita Straley. No esperaba volverla a ver en unas circunstancias tan desagradables para los dos.

Betty abrió los ojos y vio ante ella a Covarrubias, sentado en un sillón metálico y atado fuertemente.

—Hace unas horas la trajeron en esa camilla y ya empezaba a temer que estuviera usted muerta.

—Entonces, ¿estamos aún en el día de hoy?

—Le pasa lo que a mí —sonrió Covarrubias—. Al despertar de mi raptó, creí que había transcurrido un siglo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Betty, queriendo incorporarse y no pudiendo hacerlo a causa de la correa que la sujetaba a la mesa.

—Sobre eso sé tan poco como usted —sonrió el sudamericano—. Estamos en un laboratorio. Hace un rato entraron ese horno eléctrico. No adivina para qué...

—Es el de mi hermano —dijo Betty.

—Supongo que dentro de poco volverán los fantasmones que viven aquí.

Betty dirigió una mirada a su alrededor. Encontrábase tendida en una mesa de operaciones en el centro de un laboratorio de grandes dimensiones, iluminado por dos potentes lámparas. No parecía tener comunicación con el exterior, pues carecía de ventanas. Además del horno eléctrico de Duke, veíanse varios microscopios, abundantes frascos de cristal llenos de polvos de

todos colores. Había también varias mesas de mármol, otras de cristal y, por último, una especie de bañera de grueso vidrio sobre la cual veíase un depósito, también de cristal, de un centenar de litros.

—¿No sabe para qué le tienen aquí? —preguntó Betty a Covarrubias.

—Sobre mi suerte no me cabe ninguna esperanza —declaró el sudamericano—. Me han explicado claramente que esta noche piensan terminar conmigo. ¿Ve ese reloj que está frente a usted? Ahora señala las siete de la tarde. A las nueve me matarán. Dicen que tienen que hacerlo, pues yo soy un peligro demasiado grande y, en cambio, muerto y desaparecido les será enormemente útil.

—¡Qué horror!

—Mucho horror, señorita —dijo una voz desconocida.

Betty volvió la cabeza y descubrió en el umbral de la puerta de entrada al laboratorio a un hombre cubierto por una larga túnica roja y el rostro oculto por una caperuza del mismo color. Detrás de él se hallaban otros dos hombres vestidos de la misma forma. Los tres llevaban, además, unos gruesos delantales de goma.

—Lamento mucho que las circunstancias me obliguen a obrar de esta forma —siguió al primer encapuchado—. Pero su hermano, señorita Straley, en vez de atender a mis consejos, ha reanudado sus investigaciones contra nosotros. Por lo tanto, he de cumplir mi amenaza y terminar con usted de la misma forma que con el señor Covarrubias. Para ello utilizaremos, en primer lugar, el horno de su hermano. Un horno utilísimo, por cierto. En determinados momentos emite rayos infrarrojos, que permiten ver a través de densísimas nubes de humo. En otros momentos sirve para deshacerse de cosas tan comprometedoras como son unos lentes especiales para ver utilizando los rayos infrarrojos generados por el horno. Hubiera sido muy desagradable para mí que hubieran encontrado en mi poder esos lentes cuando se nos registró en el pabellón. Por un momento pensé en colocarlos en el bolsillo del señor Covarrubias; pero, desgraciadamente, los necesitaba para terminar mi trabajo y, además, eran tan grandes que el señor Covarrubias seguramente se hubiera dado cuenta de que se los metía en el bolsillo. Para comprometerle tenía bastante con el puñal.

—¿Por qué no nos enseña su cara? —preguntó el sudamericano —. Si hemos de morir no podremos descubrirle...

—Ya sería un placer marchar al otro mundo sabiendo la identidad del genio más grande que ha conocido la delincuencia norteamericana, ¿eh? Siento no poderle dar ese gusto. Por si le interesa, le diré que yo soy el autor de la muerte de Petersen. Mi amigo, o sea el que me sigue, me ha ayudado enormemente en mi trabajo y es autor de la muerte de cuatro policías y del rapto de la señorita Straley, además de haber descubierto el funcionamiento de los timbres de alarma de su casa. Y el tercero es un elemento de gran utilidad. En estos momentos no se entera de nada de cuanto digo, pues es completamente sordo; pero si yo no llevara el rostro cubierto por la capucha, especialmente la boca, y pudiera ver el movimiento de mis labios, sabría leer en ellos hasta la última palabra que pronuncio. Lo utilizamos para oír lo que dicen nuestros enemigos cuando se creen libres de todo espionaje.

—Son ustedes un trío fantástica —sonrió Covarrubias.

—Mucho más de lo que usted se imagina. Pero no nos entretengamos. Lamentándolo mucho, tenemos que adelantar la hora de su ejecución, señor Covarrubias. Aunque tal vez sea preferible terminar antes con la señorita Straley. Quizá su corazón no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de usted.

El encapuchado se interrumpió un momento, y volviéndose hacia sus compañeros, indicó con una seña el horno. El tercer miembro de la banda adelantóse y conectó el horno con un cable de alta tensión. Oyóse un zumbido indicador de que el horno se estaba encendiendo.

—Aquí tenemos algunas de las cosas que llevaba encima la señorita Straley —siguió el primer enmascarado, abriendo una cajita de cartón—. Un lápiz para labios, de funda metálica. La tiraremos al horno, y en un segundo se desintegrará sin dejar rastro.

Al decir esto, tiró al interior del horno eléctrico el pequeño lápiz para labios, que se fundió inmediatamente.

—Ahora tiraremos este pañuelo, otro estuche metálico con espejo. Es de colorete. Una aguja de oro, dos anillos, en fin, todo cuanto hay aquí, o sea una serie de objetos de uso personal fácilmente identificables.

El enmascarado tiró la caja al interior del horno.

—Ya está —dijo en seguida—. Ahora tiraremos los zapatos.

Los zapatos de alto tacón fueron a parar al interior del horno, que funcionaba ya con toda su potencia.

—En cuanto tiremos los zapatos del señor Covarrubias, procederemos a lo más importante, o sea a los preparativos para la desintegración final. Como tienen derecho a saber cuál va a ser su muerte, les diré que ante todo, y para ahorrarles sufrimientos innecesarios y crueles, serán cloroformizados. Una vez así, les colocaremos en esa bañera, que estará llena de cierto ácido especial para desintegrar metales. Para un ácido semejante, la carne y los huesos son manjar muy fácil.

El segundo enmascarado acercóse al gran recipiente de cristal y abrió el grifo del depósito situado sobre él. Un líquido humeante comenzó a llenar la bañera.

—Comprendo que todo esto es muy desagradable —siguió el primer encapuchado—. Pero no me queda otro remedio. De haber sospechado que su hermano no iba a hacer caso de mis amenazas, no la hubiéramos raptado, señorita Straley; pero ahora, si la encuentran aquí, será usted una prueba demasiado comprometedora.

—No pierda tiempo —indicó el segundo encapuchado—. Tenemos que acabar antes de que adviertan mi ausencia.

—Sí. Luego prenderemos fuego a todo esto y acabaremos de borrar las huellas.

El primer encapuchado alargó la mano hacia una botella colocada a poca distancia del horno y se acercó con ella a Betty.

—No sufrirá usted nada, señorita —aseguró.

Aunque hubiera querido resistir, Betty no habría podido hacerlo. Con los ojos desorbitados por el horror, vio cómo el encapuchado acercaba a su rostro una esponjita y empezaba a verter sobre ella el contenido del frasco. Un hálito dulzón y pesado llegó hasta ella. Haciendo un esfuerzo cerró la boca y se esforzó en no respirar. Comenzaron a zumbarle los oídos, y ya iba a abrir la boca, ansiosa de aire, cuando, de pronto, el frasco estalló en mil fragmentos, a la vez que se oía una detonación.

Duke y sus compañeros seguían ansiosamente con la mirada la aparición ante ellos de una continua línea verde que brotaba al ser proyectada sobre ella el rojo resplandor de un faro especial instalado en el auto de Duke.

—Suerte que se llevaron el mismo camión y no se dieron cuenta de que habías colocado una lata de Fosforik que ha ido goteando.

El Fosforik era un líquido especial que parecía incoloro, mas al ser herido por una luz roja, brillaba en verde y permitía seguir la pista del auto en el que se hubiese colocado una lata del mismo.

Después del asombroso descubrimiento de Bob, que Max no podía aún creer, los tres habíanse dirigido al sitio donde tuvo lugar el asalto del camión, siguiendo luego la pista hacia Brooklyn.

—¿Llegaremos a tiempo? —dijo Bob.

—Así lo espero. No creo que se precipiten. Betty será su salvaguardia.

Pero no obstante sus optimistas palabras, Duke procuraba acelerar la marcha del auto, y cuando al fin llegó ante la pequeña fábrica, saltó presuroso al suelo y corrió hacia el interior del edificio, llevando en la mano derecha una linterna que no emitía luz. Max y Bob llevaban linternas semejantes.

Eran emisoras de rayos infrarrojos, destinadas a inutilizar toda defensa que pudiera haber por medio de aparatos de aquella clase. Los timbres de alarma a base de rayos infrarrojos se ponen en movimiento cuando entre la emisora de esos rayos y la receptora, situadas una frente a otra, se interpone un cuerpo denso que quiebra el circuito. Pero si todo el espacio está inundado de rayos infrarrojos, el circuito no se interrumpe y los timbres quedan anulados.

Así pudieron avanzar las tres por los oscuros pasillos de la fábrica y llegar a la puerta que conducía al subterráneo laboratorio. En ese punto oyóse la voz de Betty; y Robert Dennison, anticipándose a Duke, bajó de dos en dos los escalones, disparando sobre el encapuchado, a quien vio inclinado sobre Betty. No sabiendo cuál podía ser el contenido del frasco, su primer intento fue evitar que pudiera hacer algún daño a Betty.

El encapuchado, saltó ágilmente hacia el fondo del laboratorio, interponiendo entre él y Bob a Betty y Covarrubias. Al mismo tiempo, sus dos compañeros empuñaron sus armas y abrieron el

fuego sobre la puerta, obligando a Bob a retroceder.

Duke midió de un vistazo las distancias y de un salto inverosímil cruzó el espacio y se parapetó detrás del horno.

Al mismo tiempo oyóse el cerrar de una puerta.

El segundo encapuchado lanzó un grito de furia y se irguió junto al recipiente lleno de ácido. Al mismo tiempo Max Mehl entraba en el laboratorio y su disparo alcanzó en el pecho al encapuchado, que, lanzando un gemido de agonía vaciló y, ansioso de aire, arrancóse la capucha.

—¡Healy! —exclamó Max al reconocer al policía en quien más confianza había tenido.

El teniente Healy dio un paso atrás, y tropezando, cayó, ya sin vida, en el interior del recipiente lleno de ácido. Elevóse una densa humareda, a cuyo amparo intentó huir el tercer encapuchado, disparando contra Bob y Max; pero un solo tiro de Duke interrumpió para siempre su huida.

Mientras Bob liberaba a Betty y a Covarrubias, Max y Duke se acercaron al recipiente de ácido. En su interior ya no se veía nada.

—Ha sido mejor así —murmuró Duke—. El escándalo habría resultado perjudicial para todos. Los periódicos se hubieran lanzado como hienas sobre ese infeliz que en un momento de locura olvidó su deber. Dan mucho más importancia a un hecho así que al diario sacrificio de los servidores de la Ley. De esta forma, el teniente Healy figurará entre los desaparecidos. Evitemos todo el fango que pueda mancharnos.

En aquel momento, la voz de Covarrubias resonó en el laboratorio:

—A ver si se acuerdan de mí. El señor Dennison y la señorita Straley están muy ocupados y no piensan en los pobres cautivos.

Bob enrojeció y separándose de Betty corrió a liberar al sudamericano.

Capítulo 10

Max Mehl se paseaba nerviosamente por su despacho en la jefatura Superior de Policía. Frente a él se hallaban Duke, Bob, Covarrubias y Betty.

—¿Estás seguro de poderlo arreglar, Duke? —preguntó de súbito el jefe.

—Sí —replicó Duke—. ¿Ha hecho llamar a todos los que le dije?

—Claro. Llegarán en seguida. Pero no creo que el encapuchado que se nos escapó ayer sea tan tonto que acuda a la cita. Si sabías quién era, debiste decirlo ayer noche y le hubiésemos detenido inmediatamente.

—No se trata de un caso sencillo, Max —replicó Duke—. Existen muchas complicaciones y yo deseo que se haga justicia. En cuanto lleguen los Sloane, déjeme solo con ellos.

—¿Y si huyen?

—¿Ha hecho vigilar el Banco, Max?

—Claro. Nadie retirará nada de las cajas de seguridad hasta que yo avise. No está permitido; pero fingirán una avería en la puerta de la cámara.

—Es una precaución exagerada y quizá innecesaria, pues el asesino, al ver que ayer noche no le íbamos a detener, se habrá creído a salvo y no cometerá la tontería de huir esta mañana dejando tras él su fortuna. Además, está vigilado, ¿eh?

—Desde luego; pero no podemos extremar demasiado la vigilancia, pues entonces sospecharía.

Oyóse una llamada en la puerta, y un policía anunció:

—Los señores James y Bart Sloane.

—Retírense —pidió Duke—. Quiero hablar a solas con ellos.

Todos abandonaron el despacho, y al quedar solo, Duke ordenó al policía:

—Hágales entrar.

Los dos hermanos Sloane, jefes y propietarios de la Sociedad Sloane, empresa que trabajaba con un número fabuloso de millones y que tenía agencias en el mundo entero, eran dos hombres de aspecto insignificante, que sólo en sus ojos revelaban la energía y audacia que les caracterizaba.

—Buenos días —saludó Duke.

—Buenos días, señor Straley —replicó Bart, que ya conocía a Duke.

Luego miró a su alrededor buscando sin duda a Max.

—El jefe superior de Policía tardará un rato en llegar —dijo Duke—. En realidad he sido yo quien les ha llamado.

Los dos hermanos se miraron algo inquietos.

—Quiero advertirles que tienen perfecto derecho a reclamar la presencia de su abogado —advirtió Duke—. Sin embargo, creo que es preferible que resolvamos entre nosotros el asunto que ha motivado su presencia.

—Creo que no nos interesa nada de cuanto nos dice usted —gruñó James Sloane.

—¿De veras? —Duke sonrió—. Sospecho que están ustedes equivocados. Sé que son ricos y que pueden hacer venir al mejor abogado de la ciudad, o a Perry Mason, si quieren; pero ni el mejor abogado del mundo real o de novela podría evitarles el sentarse los dos, uno tras otro, en la silla eléctrica de Sing-Sing.

Los Sloane palidecieron intensamente. Fueron a hablar los dos a la vez, pero Duke les contuvo con un ademán.

—Luego —dijo—, luego podrán protestar tanto como quieran. De momento me voy a limitar a acusarles sin testigos ni nadie que tome nuestras palabras. Esta conversación no tendrá ningún efecto legal. Sólo si ustedes insisten en su actitud, reclamaremos la presencia del Fiscal del Distrito y entonces el proceso seguirá adelante.

—¿Qué quiere decir? —tartamudeó Bart Sloane—. ¿De qué se nos acusa?

—De cinco asesinatos y de un doble robo.

—¡Eh!

—Sí. Le contaré toda la historia. Ustedes, señores Sloane, se han dedicado en gran escala al comercio internacional. Hace algún

tiempo se relacionaron con la República de San Miguel, a la cual compraron muchos objetos de valor sin ver que estaba sumida en plena anarquía y que en realidad estaban comprando a unos ladrones. A esos ladrones les dieron un millón y medio por unos brillantes valorados en cinco o seis. Me refiero a los brillantes Covarrubias. Al restablecerse la normalidad, la familia Covarrubias reclamó la devolución de los famosos brillantes; pero las leyes parece que les amparaban a ustedes. Sin embargo, tuvieron un poco de miedo de que los jueces pudiesen dar la razón a los Covarrubias y pensaron en asegurar en lo máximo los brillantes y hacerlos desaparecer. De esa forma cobraban tres millones y luego partían en pedazos más pequeños los brillantes y los vendían, completamente desfigurados, por un precio equivalente a dos o tres millones más. No, no me interrumpen. También pensaron en otro negocio. Poseían por haberlo adquirido a muy buen precio, cierta cantidad de rádium valorado en dos millones y pico. Lo ofrecieron al Hospital Bellegarde, indicando que poseían el doble, y el Hospital adquirió ese rádium. El plan de ustedes era robarlo, hacer que la Compañía de seguros pagase los dos millones y luego ofrecer al Hospital la otra cantidad de rádium que les habían ofrecido, con lo cual vendían dos veces el mismo rádium.

—¿Y nosotros hicimos eso? —preguntó Bart Sloane.

—No hay testigos delante y, por consiguiente, puedo decir, sin exponerme a que se me procese por difamación, que sí, que ustedes hicieron eso...

—¿Que robamos los brillantes nuestros y el rádium del Hospital? —preguntó, furioso, James.

—Así fue.

—¿Cómo lo hicimos?

—De una manera muy sencilla. Uno de ustedes, mejor dicho, el señor James Sloane, pues al señor Bart lo vimos llegar poco después del incidente, se disfrazó, entró en el pabellón, después de haberse apoderado de la daga del señor Covarrubias y haberse provisto de dos granadas fumíferas. Al ver llegar al señor Covarrubias, sobre quien era conveniente cargar el delito, por ser el más sospechoso, lanzó las granadas, aguardó a que el humo lo invadiera todo, y entonces se apoderó de los brillantes y del rádium, lo escondió todo en algún sitio convenido con su hermano, y al tropezar con el señor

Petersen, le asesinó, porque convenía cargar sobre Covarrubias un crimen.

—¿Y cómo saqué los brillantes y el rádiom ante las narices de la Policía? —preguntó James.

—No fue usted, sino su hermano, quien retiró el botín. Recuerde que llegó al cabo de un rato, que entró en el pabellón, que lo recorrió todo y que, por último, salió de allí sin que nadie se molestara en registrarle.

—¿Y yo? —preguntó James Sloane.

—Usted, disfrazado, se dejó registrar, dio un nombre y una dirección falsos y desapareció sin dejar rastro. Precisamente hice verificar en seguida si los visitantes del pabellón habían dado su verdadero nombre y dirección, y me encontré con que uno de ellos había presentado una documentación falsa. Entonces comprendimos que aquel era el asesino.

—Bien, me acusa de un crimen; pero ¿y de los otros cuatro? —pidió James Sloane.

—Temiendo que Covarrubias pudiera demostrar que era inocente, le raptaron de mi casa, utilizando los servicios de una banda de criminales. Como tenían que vencer la vigilancia de cuatro policías, los mataron. Los restantes delitos les serán presentados por el fiscal, a no ser que puedan ustedes probar dónde se hallaban el día del robo y durante la mañana de ayer.

Los dos hermanos se miraron horrorizados.

—¿Ayer por la mañana? —preguntó Bart.

—Sí. Sospecho que no pueden presentar ninguna coartada.

—No, para ayer no —tartamudeó James—. Nos ocurrió algo extraordinario...

—¿Qué fue?

—Recibimos una llamada telefónica de un desconocido que nos ofrecía adquirir unas joyas que habían entrado en el país sin pagar los derechos de aduana. Dijo que estaban valoradas en varios millones y nos citó en una casa de Broadway. Fuimos allí, llamamos a la puerta, nos hicieron entrar, y cuando menos lo esperábamos nos encontramos encerrados en una oscura habitación, mientras una voz nos decía que nos estuviéramos quietos si no queríamos tener un disgusto...

—Y mientras ustedes estaban allí encerrados, sus carceleros

cogían su auto y cometían un atraco. Los conductores del camión asaltado reconocerán su coche y las sospechas contra ustedes acabarán de confirmarse.

—¡Pero usted nos cree! —dijo Bart.

Duke se encogió de hombros.

—Sí, yo quizá les crea, pero el jefe de Policía tiene que detener a alguien, pues los periódicos lo están asaetando. Es necesario, pues detener a alguien, y si ustedes reúnen tantas pruebas en contra, nadie mejor que ustedes para ir a la cárcel y calmar a los periodistas.

Los Sloane inclinaron la cabeza y parecieron meditar. Por fin James miró a Duke y preguntó:

—¿Cuáles son sus condiciones?

—¿Qué condiciones?

—Las que exige para demostrar que somos inocentes.

—Muy poco —sonrió Duke—. Un millón y medio.

Los Sloane le miraron con los ojos desorbitados.

—¿Qué dice? —tartamudearon.

—Si quieren se lo diré con otras palabras. Quiero la devolución al señor Covarrubias de los brillantes comprados por ustedes al gobierno revolucionario de San Miguel.

—¡Pero eso vale más de un millón y medio!

—Tiene usted razón, señor James Sloane; pero ustedes pagaron millón y medio sabiendo que compraban por valor de muchísimo más y que se trataba de algo robado. Si prefieren correr el riesgo de que el proceso continúe, les diré que tengo otra explicación para justificar la desaparición de los brillantes. ¿Quieren exponerse a sentarse en la silla eléctrica? Una vez el caso en manos del juez, yo no podré hacer nada por ustedes.

—Pero... nosotros no tenemos los brillantes ni el rádiom.

—Lo sé. Limítense a firmar este documento, en el cual se reconoce la cesión al señor Covarrubias de los brillantes, siempre y cuando ustedes no sean acusados de ningún delito. Yo les doy mi palabra de honor de que nadie les molestará.

—¿Y de que basándose en esas pruebas falsas no se nos procesará?

—Se lo aseguro.

Al decir esto, Duke cedió a los Sloane un documento que había

sacado del bolsillo.

Después de leerlo, los Sloane firmaron al pie y lo devolvieron a Duke.

—Si quieren aguardar una hora sabrán el nombre del verdadero culpable —dijo Straley—. Voy a desenmascararle y a recuperar los brillantes y el rádiom.

—Preferiríamos marcharnos —inició Bart Sloane—. Ya no tenemos nada que hacer. Nos ha tendido una trampa; pero sabemos perder cuando llega el momento. Ya nos enteráremos de la verdad por los periódicos.

—Como prefieran. Por esta puerta, señores. Tendrán que salir por la parte posterior del edificio.

En cuanto salieron los Sloane, entraron los demás. Duke, sonriendo, tendió a Covarrubias el documento.

—Los brillantes vuelven a ser de su familia —dijo.

—¿Y dónde están? —Gruñó Max—. Dijiste que estaban en el horno eléctrico y en él solo había unas cámaras cinematográficas y una banda sonora en la que estaban grabadas las conversaciones sostenidas alrededor del horno.

—Pues dije la pura verdad —sonrió Duke—. Los brillantes que se encontraban en el pabellón, así como el tubo de rádiom y los lentes especiales, fueron escondidos dentro del horno y, por lo tanto, se fundieron por completo. Si se registra bien el horno cuando esté totalmente frío, se hallará un residuo de cristal y de acero.

Covarrubias palideció intensamente.

—¿Dice que los brillantes fueron tirados allí? ¿Que fueron destruidos?

—Exacto. Era el lugar más lógico. Cuando hice el experimento me pregunté cómo habría podido ocultar el asesino los lentes especiales para rayos infrarrojos. Mientras me hacía esta pregunta el horno me dio la respuesta. Nada más lógico que tirar los lentes allí dentro, borrando así toda huella de los mismos. Entonces pensé. ¿Por qué no tirar también ahí dentro el rádiom y los brillantes? ¿Por qué no?

—¡Porque valían una fortuna! —exclamó Max—. Porque se había cometido un asesinato por ellos...

—¡Exacto! Eso mismo me contesté yo. Y entonces recibí la

contestación.

—¿Cuál fue?

—Pasemos a la sala de espera.

Sonriendo, Duke precedió a sus amigos en dirección a la sala de espera, donde al entrar vio al doctor Charles Aldrich Sewall, a Austin Briggs, de la compañía de seguros, y a Von Horney, de la compañía alemana que había prestado los filtra-microscopios. Los tres se levantaron y Duke, mirando a su alrededor, preguntó:

—¿No han llegado todavía los señores Sloane?

Los tres visitantes movieron negativamente la cabeza.

—Bien, empezaremos sin ellos. Al fin y al cabo en cuanto lleguen serán... Bueno, no importa. Señores, les he reunido aquí, porque están ustedes interesados en la solución de este misterio. Al señor Sewall, en representación del hospital Bellegarde, le interesa recuperar el rádium, y al señor Briggs le interesa que su Compañía no tenga que desembolsar cinco millones. Sólo el señor Von Horney parece no tener ningún interés; pero como sus ultramicroscopios fueron testigos del crimen, tiene derecho a asistir al desenmascaramiento del culpable.

—¿Quién es? —preguntó Sewall.

—Pudiera ser usted, doctor. Se hallaba presente cuando se cometió el robo y el crimen, también estaba presente cuando dije que el horno fuera trasladado a mi casa y, por lo tanto, pudo dar orden de que fuera robado y en connivencia con los señores Sloane pudo intentar la estafa a la compañía de seguros. Ellos se quedaban los brillantes y cobraban tres millones por ellos, y usted se quedaba el rádium y se ganaba dos millones, descontados los gastos para el pago de sus cómplices.

Sewall se había puesto en pie violentamente y gritaba:

—¡Exijo que se me respete y que se retiren estas acusaciones!

—Perfectamente. Así la haremos —dijo Duke—. Voy a contar una historia muy interesante para todos. Hace algún tiempo se planeó toda la trama del robo de los brillantes y del rádium. Se contó conmigo, porque yo debía de suministrar una de las bases del plan. Es decir: el horno eléctrico. Ese horno eléctrico, de una potencia poco corriente, debía suministrar las emanaciones de rayos infrarrojos necesarios para el crimen y al mismo tiempo con su potencia debía borrar todas las huellas. Pero existía el peligro de

que al volver el horno a mis manos yo le descubriese.

—¿Qué verdad? —preguntó Briggs.

—La de que los brillantes eran cristal tallado y que el rádiu sólo era una funda de acero y otras de plomo, o sea que los verdaderos brillantes y el rádiu habían sido robados antes de que se abriese el pabellón.

El asombro producido por las palabras de Duke fue general.

—Sí —continuó el joven—. Una persona... Pero nos estamos anticipando. Sigamos el misterio paso a paso. Dije que existía el peligro de que, al volver el horno a mis manos, yo encontrase huellas de cristal y de acero; pero no de rádiu y de brillantes. Por lo tanto convenía averiguar las defensas de mi casa. Saber dónde estaban los timbres de alarma y demás. Para ello se utilizó a Steve O'Neal. Fue lanzado contra esas defensas para que se pudiera averiguar dónde estaban. El desgraciado murió en el intento y la Policía se presentó en mi domicilio. Entre los agentes que acudieron se hallaba un cómplice del autor del plan. Se trataba de un desgraciado que olvidó sus sagrados deberes con la sociedad y que ha pagado ya sus culpas de una manera muy trágica. Aquel hombre, que, como policía, pudo registrar toda la casa, trazó un plano de la instalación de timbres a fin de poderlos inutilizar cuando conviniera. Aquel mismo día, otros cómplices raptaron el cadáver de Sloane, para emplearlo más adelante, cuando fuese necesario. Fue una gran previsión, que demuestra la presencia de un cerebro privilegiado al frente de la banda. Ahora dejemos pasar unos días y llegaremos al día en que se inauguró el pabellón. Nos encontramos ahora ante otro cómplice de la banda que fue, en realidad, el autor del robo de los brillantes y del rádiu. Se trata de Petersen, un detective particular que se dejó comprar por varios miles de dólares y la seguridad de que sobre él no recaería ninguna sospecha. Petersen fue quien sustituyó los brillantes legítimos por los falsos, y el tubo de rádiu por otro tubo igual, pero vacío. Ya estaba cometido el robo; pero de dejarse las cosas así, las sospechas hubieran recaído inmediatamente sobre el culpable. Por lo tanto convenía que el robo se cometiera. Se pensó en hacer recaer las sospechas sobre el señor Covarrubias y se aguardó a que él llegara al pabellón, al que no podía faltar, para comenzar la farsa. Éste se tenía que llevar a efecto inmediatamente que él llegara, pues

conociendo perfectamente los brillantes se hubiera dado cuenta del cambio. Así, en cuanto Covarrubias entró en el pabellón, el asesino tiró las dos granadas, Petersen hizo cerrar las puertas, y cuando el humo lo hubo invadido todo, como el horno estaba ya funcionando desde hacía media hora y el ambiente estaba saturado de luz infrarroja, el asesino se puso unos lentes especiales, que le permitían ver a través del humo como si fuera de día, y comenzó su actuación. Ante todo dirigióse hacia Covarrubias y le metió en un bolsillo un brillante, a fin de que las sospechas se acentuaran. Luego fue hacia la mesa y recogió los brillantes, o sea los cristales, envolviéndolos en un gran pañuelo. También recogió el rádiu, o mejor dicho, el tubo de acero, y se dirigió hacia el horno. Quiso la casualidad que no pudiera evitar el tropiezo conmigo y que yo me diera cuenta de que su traje no era el de Covarrubias. Se libró de mí con un golpe dado con el pañuelo y siguió hacia el horno, en cuyo interior tiró los cristales y el tubo de acero, que se fundieron casi al instante. Luego, para cerrar una boca peligrosa y, al mismo tiempo, ahorrarse algún dinero, asesinó a Petersen. Después de eso volvió al horno y tiró dentro de él los lentes y los guantes de goma utilizados. Hecho esto, ocupó un sitio cualquiera, aguardando que se descubriese el robo.

—¿Qué pruebas tiene contra Petersen? —preguntó Briggs.

—La única prueba que tengo es la de que fue asesinado innecesariamente. Como un crimen de esa clase no cuadra dentro del plan tan magistralmente trazado, he de creer que no fue un asesinato casual, sino uno muy premeditado. Además, sólo así se explica que de un pabellón herméticamente cerrado desaparecieran veinticuatro brillantes y un tubo de rádiu que pesaba varios kilos y abultaba muchísimo.

—Entonces hemos sido víctimas de una estafa —gimió Briggs.

—Sí, su Compañía ha sido estafada. Debía pagar cinco millones de dólares por un robo parcialmente fingido. Digo parcialmente, porque el robó existió.

—¿Y las sospechas recaen sobre mí? —preguntó, débilmente, Sewall.

—Sí, doctor. Es usted un excelente sospechoso. Pero sólo podemos creerle culpable si le suponemos en connivencia con la Sociedad Sloane. Por sí solo, usted no podía cometer aquel robo.

—¿Por qué no? —preguntó Briggs.

—Por el rádiu. Una de mis primeras sospechas fue la de que la Sociedad Sloane hubiera mentido al declarar la cantidad de rádiu que poseía. Si tenía dos y declaró cuatro, pudo vender luego el mismo rádiu.

—Es verdad —asintió Briggs—. ¿Y no sospecha de los Sloane? Ellos pudieron quedarse con los brillantes y recibir tres millones por ellos y luego ceder el rádiu y el precio del seguro del mismo al señor Sewall. Mi Compañía pagaría el seguro y con ese dinero se fingiría la compra del mismo rádiu.

—Tiene usted razón —asintió Duke—. Pero no sospecho del señor Sewall ni de los señores Sloane.

—¿Por qué?

—Porque ya conozco al verdadero asesino.

—¿Quién es? —preguntó el presidente de la Compañía aseguradora.

—Usted, señor Briggs.

—¿Yo? —Austin Briggs soltó una carcajada—. ¿Es alguna trampa para cazar al verdadero culpable?

—No. Al culpable, o sea a usted, lo tengo ya cazado. Ha sido muy listo, pero ha olvidado muchos detalles.

—Creo que en estos casos el detective descubridor de la trama suele explicar la historia de la misma. Le escucho, señor Straley.

—Muchas gracias. Nada me gusta tanto como verme escuchado por un asesino a quien por mi culpa se conducirá a la silla eléctrica. Usted, señor Briggs, tiene relaciones con mucha gente extraña. Sobre todo con ladrones que acuden a ofrecerle los géneros robados para que usted, es decir, su Compañía, en vez de pagar un millón por el seguro de unas perlas robadas, entregue las perlas diciendo que sus detectives particulares las han encontrado, cuando, en realidad, lo que ha hecho usted ha sido pagar veinte o veinticinco mil dólares al ladrón. De esa forma la Compañía se ahorra una suma inmensa de dinero. Esa ha sido la clave de su éxito, señor Briggs. Ese tacto le ha conducido a la presidencia de la Compañía, pero al mismo tiempo le ha despertado sus ambiciones. Cuando el señor Sewall le habló de asegurar los brillantes Covarrubias y el rádiu, usted vio que había llegado la ansiada oportunidad de recoger el fruto sembrado durante muchos años de conducta

intachable. Sewall también le habló de que para aumentar el atractivo del pabellón se me pediría prestado un horno eléctrico de potencia extraordinaria. Usted aceptó cubrir el seguro y en seguida empezó a meditar. Sabemos por su médico que hace meses tuvo que tomar usted baños de calor a base de rayos infrarrojos, y que él le explicó un método económico y sencillo de obtener dichas irradiaciones. Un estudio de los rayos infrarrojos le permitió averiguar que el horno eléctrico, si funcionaba, los generaría en cantidades fabulosas. Entonces recurrió a Steve O'Neal, a quien conocía secretamente, y le encargó que destruyera la dínamo de mi casa. Lo hizo sabiendo que O'Neal sería descubierto y detenido, o quizá muerto. Así su cómplice, el que murió ayer noche, podría descubrir el secreto de la instalación de los timbres de alarma. Era necesario conocerla para vencerla cuando fuese necesario. Usted hizo más, la copió en su fábrica de hielo seco de Brooklyn. Ayer noche yo la anulé con unas proyecciones de rayos infrarrojos. Cuando supo usted el medio de entrar en mi casa, encargó a Petersen de la vigilancia de los brillantes y del rádiu, así como del horno eléctrico, que también estaba asegurado, ¿no es cierto, señor Sewall?

—Si, también lo aseguré —contestó.

—El plan trazado por usted era el de que Petersen robaría los brillantes y el rádiu, antes de que el pabellón fuera abierto al público, y le entregaría a usted ambas cosas. Luego, usted, disfrazado, entraría en el pabellón, tomaría los brillantes y el rádiu y lo tiraría todo dentro del horno, creando así un problema de casi imposible solución, ya que nadie se explicaría cómo pudieron salir del pabellón los brillantes y el rádiu. Nadie iba a suponer que se habían robado para echarlos dentro del horno y destruirlos tontamente. Para una cosa así no se comete un crimen. ¿Y quién iba a suponer que el verdadero autor del robo era Petersen?

—Entonces, ¿cómo prueba mi culpabilidad? —sonrió Briggs.

—Con las piedras y el rádiu que usted guardó en una caja de alquiler de una cámara acorazada. Allí lo encontraremos todo, pues no ha tenido tiempo de irlo a retirar. Su plan era excelente, señor Briggs. Por los brillantes, unos cuantos comerciantes o peristas le daban un millón, o dos, o tres. Por poco que le dieran le darían

mucho. Y en cuanto al rádiu, podía usted decir a sus compañeros de dirección que el autor del robo se lo ofrecía por setecientos mil dólares. Ellos le hubieran recomendado que lo comprase, pues valía más desprenderse de un millón, inclusive, que de dos. Y como no sería la primera vez que usted les sacaba de un apuro grave, usted realizaría la «compra», sin que nadie sospechara que se compraba a sí mismo, y devolvería el rádiu, del cual no le hubiera sido fácil disponer de otra forma, pues si los brillantes abundan y se pueden disimular, el rádiu es tan escaso que se sabe al detalle quién posee cada miligramo. Pero usted no podía dejar las cosas quietas. Covarrubias le estorbaba, pues, aunque acusado del crimen, podía demostrar, gracias a mí, que él no fue el asesino. Por eso, al ver, que le dejábamos encerrado en mi casa, la asaltó, rompió la puerta blindada con ayuda de oxígeno líquido, del que posee bastante en su fábrica de hielo artificial, y se lo llevó para hacerlo desaparecer. En esta ocasión tuvo que cometer cuatro asesinatos más. Luego decidió inutilizarme a mí con el rapto de mi hermana y para ello recurrió al congelado cadáver de O'Neal, que hizo usted llegar a mi jardín por medio de una potente catapulta instalada en su casa de Washington Bridge, o sea, a algo más de kilómetro y medio de mi casa. Un cálculo exacto le permitía afinar el tiro. Así, el cadáver pareció descender del cielo y la confusión le sirvió para raptar a mi hermana.

—Muy bonito, continúe.

—Como usted guste. Cometió usted un error al sentir de pronto tanto interés por el oxígeno líquido y comprar tantos tratados acerca del mismo. También fue un error comprar otros libros sobre rayos infrarrojos, y más aún utilizar, para su disfraz, la documentación del señor Beethume.

Al oír esto, Briggs palideció.

—Sí —continuó Duke—. Una de mis primeras precauciones fue la de investigar en los domicilios de todas las personas que se hallaban en el pabellón cuando se cometió el robo y el crimen. Usted recordará, porque estaba allí, que se tomó el nombre y dirección de cada uno de los que allí estaban. Usted presentó la documentación de Beethume, pensando que se trataba de una medida rutinaria y que sospechando de Covarrubias no se investigaría a fondo lo demás. No pensó que al ir a casa de

Beethume nos dirían que dicho señor había muerto quince días antes y que la Compañía de Seguros que usted dirige tenía su documentación para proceder al pago del seguro de vida. En cuanto sospechamos de usted, todos esos detalles resultaban terriblemente acusatorios, señor Briggs. Para colmo, ayer noche nos dejó usted una serie de pruebas comprometedoras al no fijarse que en el horno eléctrico había cuatro cámaras cinematográficas sonoras que tomaron todas las escenas que se desarrollaron cerca de ellas, y que le presentan con su hermoso disfraz y su inconfundible voz.

—¿Y cómo me apoderaré del horno?

—De una manera muy sencilla. Por medio de unos cómplices a los que avisó en cuanto el señor Sewall le anunció que yo me llevaba el horno. Eso debía hacerlo por estar dicho horno asegurado por su Compañía.

—Sí, yo le telefoneé —dijo Sewall—. Cuando el señor Dennison llegó para dirigir el traslado del horno...

Sewall se interrumpió porque, de pronto, Briggs se había incorporado de un salto y de un bolsillo sacó un objeto metálico en forma de frasco petaca.

—Muy bien —dijo—. Me habéis cazado. Habéis echado por tierra mis planes; pero ninguno de vosotros disfrutará del triunfo. Aquí dentro hay un litro de oxígeno líquido. Cuando caiga al suelo se partirá y todos moriremos helados...

La reacción de Duke fue demasiado rápida para que Austin Briggs pudiera anticiparle. En la mano del joven apareció una pistola de corto cañón con la que Duke hizo un solo disparo. Mas no apuntó al corazón de Briggs, sino al frasco metálico que sostenía en alto.

Oyóse un silbido y el aire líquido cayó en cascada sobre Austin Briggs, que lanzó un grito de agonía y cayó al suelo, helado, muerto al instante.

Mirando al cuerpo tendido en el suelo, Duke apostilló:

—Ha sido una suerte que la cosa haya terminado así. Podremos evitar que se remueva demasiado fango, ya que con las pruebas del delito, probamos sobradamente la culpabilidad de Briggs. Le ruego, señor Horney, que olvide cuanto ha visto y oído.

FIN